4025

ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMÁTICA.

FIARSE
DEL
PORVENIR,

COMEDIA EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON TOMÁS RODRIGUEZ RUBÍ.

SEGUNDA EDICION.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1874.

10

FIARSE DEL PORVENIR.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de D. EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

FIARSE DEL PORVENIR,

COMEDIA EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO.

ORIGINAL DE

DON TOMÁS RODRIGUEZ RUBÍ.

Representada por primera vez en el Teatro de APOLO el 19 de Enero de 1874.

SEGUNDA EDICION.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1874.

PERSONAJES.		ACTORES.
CÁNDIDA		D.ª MATILDE DIEZ.
DON JUAN		D. ANTONIO VICO.
DON PEDRO		JULIO PARREÑO.
MODESTO		MANUEL CALVO.
FAUSTINO		MANUEL CATALINA. [1]
DON RUFO		MARIANO FERNANDEZ.
DON ADOLFO		PEDRO CABALLERO.
BENITO		CIPRIANO MARTINEZ.
PANCHITO		JULIAN CASTRO.
DAMAS	1.ª	D.ª JUANA MAROTO.
	2.ª	BALBINA PRADA.
	3.ª	MANUELA FERNANDEZ.
CABALLEROS	1.º	D. N. VIÑAS.
	2.º	N. ARANDA.
EL MAYORDOMO DE LA FONDA.		ENRIQUE MAZOLI.
MOZOS DE LA MISMA.	1.º	N. LEON.
	2.º	N. MOLL.
	3.º	N. N.

Damas, caballeros y lacayos.

El primer acto pasa en una casa de comidas en las afueras de Madrid, y los tres restantes en Madrid.

Año de 186...

---

1 El Sr. Catalina ha tenido la bondad de encargarse del desempeño de este papel en obsequio del autor.

ACTO PRIMERO.

Glorieta en el jardin de una fonda campestre próxima á Madrid. Á la derecha del actor el edificio de la fonda, con puerta para entradas y salidas. Á la izquierda y foro, bosque frondoso con entradas y salidas practicables. Un banco rústico á la izquierda. Al levantarre el telon aparece don Rufo sentado á la derecha al lado de un velador, sobre el que habrá vasos y botellas de cerveza. Óyese alegre algazara en el interior de la fonda.

ESCENA PRIMERA.

D. RUFO.

¡Familia de Barrabás!
¡cinco horas de orgía... mansa!...
Hay gente que no se cansa
de la *bromita* jamás.
Con tal que no haya disturbio...
Una boda, periodistas,
músicos y otros artistas...
jóvenes... claro... no, turbio!
(Taponazos de botellas, aplausos, ruido de bajilla que se rompe.)
Anda!... no va á quedar trasto
á vida... temblando estoy...
¡con razon!... como que soy

674606

el que paga todo el gasto.
¿Quién me ha podido inducir
á derrochar mi dinero?
Yo!... prestamista severo...
¡prestar sobre el porvenir!
No lo creyera jamás,
por más que éntre en mis teorías
que el prestar sin garantías
á veces produce más.
¿Cuándo y cómo cobraremos?
á mi perspicacia escapa...
la novia es guapa... ¡muy guapa!!
en fin... nos defenderemos.
(Sale de la fonda Faustino un poco animado como quien ha comido fuerte. Se quita el hongo al salir y se hace aire con él.)

ESCENA II.

FAUSTINO, D. RUFO.

FAUST. Uf!... ¡uf!... me estoy abrasando...
¿Cómo tan solo el padrino
de la boda?
RUFO. Hola, Faustino;
aquí estoy filosofando...
FAUST. ¿Quién piensa en filosofar?
hoy es dia de entregarse
á la... la...
RUFO. Sí; y de arruinarse!
¿no quiere usted refrescar?
FAUST. ¿Cerveza?
RUFO. Fuerte, de España.
FAUST. Bien; puesto que usted convida...
(Despues de apurar una copa.)
¡Qué detestable bebida!
me gusta más el champaña.
(Rompe la copa al colocarla sobre el velador.)
RUFO. (¡Otra!) Es un vino muy caro...
FAUST. Por eso me gusta á mí.
RUFO. (Si lo pagáras...)
FAUST. Pues sí;

es un gran vino...

RUFO. Reparo
que puede usted dar su voto
con fundamento cumplido.

FAUST. Treinta copas he bebido,
de las cuales veinte he roto.

RUFO. (Con ironía.)
¡Qué gran vino!... ¡Veinte y una!
digo, si el vino será...
Por eso noto que ya
está usted...

FAUST. ¿Como en la luna?
mi buen natural resiste
otras treinta y más...
(Llena otra copa de cerveza.)

RUFO. (¡Qué escucho!)

FAUST. (Sentándose á lo militar en una silla.)
¿Cree usted que he bebido mucho?
pues, mire usted, estoy triste.

RUFO. (Sacando y abriendo la petaca.)
Hombre! nadie lo diría...
¿usted triste!... ¿esas tenemos?

FAUST. (Tomando un cigarro de la petaca de D. Rufo.)
¡Muy triste! pero, fumemos.

RUFO. (Guardándose con irascibilidad la petaca.)
(¡El único que tenía!)

FAUST. (Encendiendo el cigarro y fumando.)
Esta boda... serán juicios
temerarios; pero nace...
quiero decir, que se hace
bajo muy malos auspicios.
Y como al novio y la novia
tan grande amistad profeso,
por eso mismo, por eso,
un vago pesar me agobia...

RUFO. Bueno es ser amigo fiel;
pero usted va hasta el martirio.
Ellos se aman...

FAUST. ¡Con delirio!
Son dos palomas sin hiel.
Pero luce mal su estrella:
el padre de él, es lo cierto

que en cuanto á si es vivo ó muerto
se ignora; y el padre de ella...

RUFO. Es un banquero, que á fe,
en crédito y capitales
hoy tiene pocos iguales.

FAUST. Sí, mucho dinero, ¿y qué?
¿No está con ella furioso?

RUFO. Psé...

FAUST. ¿No la ha desheredado?
pues casarse en tal estado
es un estado horroroso.
(Apura otra copa y dice tirándola.)
¡Bebida más repugnante!

RUFO. Pues usted la menudea.

FAUST. Maquinalmente... Esta idea
no me deja ni un instante...

RUFO. Son ideas desastrosas
que exagera usted.

FAUST. Yo?

RUFO. Sí;
¿pues no sabemos aquí
cómo acaban estas cosas?
Hoy todo está por el suelo:
en su dia vendrá un nene:
—«¡qué mono! ¡qué gracia tiene!
¡qué parecido al abuelo!»
Un encuentro, una disculpa...
—«Padre!—Quita!—No me quito!
—Huye!—Por este angelito!
—Ingrata!—Él no tiene culpa!...»
Y atenuándose el pecado
entre uno y otro estrujon,
el padre suelta el perdon,
lloran... y asunto acabado.

FAUST. (Gritando y dando palmadas sobre el velador.)
Bien! bravo! por esta vez
juro que me convencí...
(Sale el Mozo 1.° de la fonda.)

MOZO 1.° ¿Llaman ustedes?

RUFO. No.

FAUST. Sí.
Oye, que traigan jerez.

RUFO. Hombre, no!
FAUST. ¿Oporto?
RUFO. Tampoco.
FAUST. Pues marrasquino con ron.
RUFO. No, ¡que traigan un cañon!
(Al Mozo, que se retira.)
Nada, vete. ¿Está usted loco?
Á tal beber, ¿quién resiste?
FAUST. Si esta maldita cerveza
no me quita la tristeza.
RUFO. Tendrá usted el vino triste.
Uf!... y este calor... Faustino,
y el cólera... ¿eh? no se hable...
FAUST. No sea usted miserable,
don Rufo; es usted padrino
de la boda de Modesto,
y hay, con tan bella ocasion,
que dejar el pabellon
en toda regla, bien puesto.
RUFO. Hombre, sobre la comida
supongo que no habrá queja...
FAUST. Esa no ha sido maleja;
pero escasa la bebida.
Hay que vaciar el bolson
con garbo, sin *más* ni *peros:*
ya dicen los revisteros
que es usted algo ramplon.
RUFO. ¡Eso sí que me destempla!
¿Ramplon?
FAUST. Y ruin.
RUFO. ¡Si me atufo!...
FAUST. Más diplomacia, don Rufo,
que la Europa nos contempla.
RUFO. Que contemple el universo;
bah!... me tiene sin cuidado:
¿despues que los he atracado
insultar?... Eso es perverso...
FAUST. No señor; esa es la moda.
RUFO. ¿Qué más quieren? ¿No accedí
á ser padrino? Sin mí,
¿quién pagaría la boda?
¡Yo ramplon, ruin... ¡voto á brios!

Pues para urgencias y apuros
¿hoy no he prestado cien duros
al novio, que sabe Dios
cuándo á verlos volveré?

FAUST. Eso no; los pagará:
es lo primero que hará ..
en cuanto tenga con qué.

RUFO. Ya!... ¡qué fácil es decir!...

FAUST. De lo dicho no me aparto:
por ahora no tiene un cuarto;
pero tiene porvenir.
Ya es abogado, es discreto,
sabe idiomas... ¡qué sé yo!
y há tres dias me acabó
un libretto, ¡qué libretto!
y ¡qué música! ejemplar
es la música que escribo:
¡qué ritmo tan expresivo!
debemos alborotar.
Ya acabé la sinfonía...
Por tanto, aunque él no le dé...
yo lo fio, y pagaré...

RUFO. Pero ¿y á usted, quién le fía?

FAUST. Quién? mi ópera: seguros
son sus productos; hay sed
de... de... Adelánteme usted
sobre ella doscientos duros.

RUFO. Jesús! ¡qué desafinar!
usted me fuma y me bebe,
y me rompe... ¿y áun se atreve?...
(Explosion de algazara en la fonda.)
—Pero eso... ¿no ha de acabar?

FAUST. ¿Qué ha de acabar? no señor;
pues si ahora es cuando arde
la alegría. Es media tarde,
y aún nos falta lo mejor.

RUFO. ¡Qué más falta!

FAUST. Una modesta
rociadura de... ¡cabal!

RUFO. De qué!

FAUST. De ponche infernal,
coronacion de la fiesta.

RUFO. De petróleo! (Levantándose.)
FAUST. (Gritando.) ¡Ponche ardiente!...
RUFO. (Hum!... que no te coronáran...)
(Salen bulliciosamente de la fonda. Cándida y Modesto con acompañamiento de amigas y amigos.)

ESCENA III.

CÁNDIDA, MODESTO, FAUSTINO, D. RUFO, DAMAS y CABALLEROS.

MOD. En tanto que lo preparan
respiremos otro ambiente.
DAMAS. Respiremos!
CABS. ¡Bien pensado!
RUFO. ¿Conque vamos de camino?
CABS. (Rodeándole y pugnando por abrazarle todos á la vez.)
Hola!... el padrino! el padrino!
RUFO. (Procurando evadirse.)
Sí!... gracias!... ¡muy obligado...
(Me rompen el esternon...)
MOD. (Al Caballero 1.°) Tú, eminente publicista,
que hoy eres nuestro cronista,
haz una digna mencion
del padrino.
RUFO. (Zafándose de los que le abrazan.)
Estoy ya negro...
MOD. Encomia su gran bondad
y su generosidad...
(Para que rabie mi suegro.)
RUFO. Gracias...
MOD. Haz bien su retrato.
CAB. 1.° (Tomando apuntes en su cartera.)
Es muy justo; apuntes tomo.
¿Se llama usted?
RUFO. Rufo Romo.
CAB. 1.° (Escribiendo.) Ó lo que es lo mismo *Chato*.
RUFO. Romo!
CAB. 1.° Son equivalentes...
y esto es solo para ayuda...
¿Usted tendrá, quién lo duda,

lo que se llama ascendientes?

RUFO. ¿Yo!... no... (Sin comprender.)

CAB. 1.° (Escribiendo.) Muy bien. Inclusero...

RUFO. ¿Cómo es eso?

CAB. 1.° Deje estar...
Profesion?

RUFO. Suelo prestar
á un módico...

CAB. 1.° (Escribiendo.) Ya; usurero.

RUFO. Pero hombre!... usted me mancilla...

CAB. 1.° Son apuntes. (Guardándose la cartera.)

RUFO. Bueno, sí;
pero...

CAB. 1.° Apuntes para mí.
¡Verá usted qué gacetilla!

RUFO. ¡Qué apuntes! Chato por Romo...
Yo no puedo autorizar...
¡Ese hombre me va á sacar
en público hecho un Ecce-homo!
Bah! Pues no hay duda que salgo
lucido de la funcion.

MOD. Soy de la misma opinion;
hagamos algo.

TODOS. (Menos Rufo.) Sí... algo.

FAUST. ¡Beber!...

DAMAS. Juguemos.

MOD. Dispuestos;
pero ¿á qué, niñas divinas?

FAUST. ¡Al monte!

DAMAS. Á las cuatro esquinas.

MOD. Están tan lejos los puestos...

DAMAS. Pues á la gallina ciega.

MOD. Bien... mas podreis tropezar;
¿no fuera mejor bailar?

TODOS. En baile! en baile!...

RUFO. Uf... qué brega!

MOD. Organicemos la danza.

UNOS. ¡Sí; parejas!...

OTROS. Qué bailamos?

CAB. 1.° Wals.

UNAS. No! no!...

OTRAS. Nos mareamos,..

UNOS. Mazourka!
OTROS. Una contradanza.
MOD. La novia con el padrino...
RUFO. (Colocándose en baile con ella.)
(Vamos... esto es ya otra cosa.)
MOD. (Á Faustino.)
Tú tocarás...
FAUST. Yo? es chistosa...
pero ¿con qué?
CAB. 2.° (Sacando de la fonda un violin que entrega á Faustino.)
¡*Ecco il violino*!
MOD. (Colocando las parejas.)
Vamos, á derecha é izquierda...
Musiquin, anda con él.
FAUST. Hombre, si esto es un rabel;
no tiene más que una cuerda.
MOD. Así mejor lucirán
tus altas dotes de artista.
FAUST. (Subiéndose en una silla, mesa ó banco.)
Pues señor, no hay quien resista.
(Con voz solemne.)
¡Queda prohibido el can-cán!
(Rumor entre algunas parejas.)
Nada!... hay que ser consecuentes;
y aunque esteis medio beodos,
que conste que somos todos
¡todos! personas decentes.
(Muestras de aprobacion.—Faustino rasca el violin: los bailarines ejecutan algunas mudanzas con cierta bulliciosa confusion. D. Rufo sobresale por sus brincos exagerados.—Al observarlo Faustino, cesa de tocar, se apea y abraza con él.)
¡Oiga usted, señor don Rufo!
¿Tiene usted alferecía?
RUFO. Hombre, no; bailo, y creia...
FAUST. ¡Eso es del género bufo!
¡Ese es un baile prohibido
que ofende nuestra moral!
RUFO. ¡Cómo!...
FAUST. Sí señor.
RUFO. ¡No hay tal!

(Un criado desde la puerta de la fonda.)

MOZO. 1.° El ponche está ya servido.

FAUST. (Tira el violin y dice dirigiéndose á la fonda.)
¿El ponche? ¡No haya cuartel!
Seguidme!...

CABS. (Rodeando á D. Rufo.) ¡Al ponche!

RUFO. No bebo.

CABS. ¡Á brindar!

RUFO. No, no me atrevo...

CABS. (Tomándolo en brazos y llevándoselo como en triunfo.)
Vamos!...—Adentro con él!
(Entran en la fonda, y al hacer lo mismo Modesto que se ha quedado el último, le dice el Mozo.)

MOZO. 1.° Un hombre pregunta ahí
por usted.

MOD. Es singular...
¿por mí, y aquí?...

MOZO 1.° Á no dudar;
¿no es usted el novio?

MOD. Sí.
Y ¿quién es? ¿qué trazas tiene?

MOZO 1.° No es cosa, es hombre machucho...

MOD. No sé... me sorprende mucho...

MOZO 1.° (Señalando al fondo.)
Aquel es, hácia aquí viene...
(Se retira el Mozo. D. Juan se adelanta por una de las enramadas del foro.—Viste pobremente: barba crecida, chaqueton de marinero, sombrero de paja bastante usados.)

ESCENA IV.

D. JUAN, MODESTO.

MOD. (Mientras se acerca D. Juan.)
(No conozco ese trapío...
Oh! y el aspecto es feroz...)
(Á D. Juan, que se detiene á corta distancia.)
¿Á quién...

JUAN. ¡Modesto!...

MOD. ¡Esa voz!...

¡Es mi padre?!

JUAN. (Abriendo los brazos.) ¡Sí, hijo mio!

MOD. ¡Padre de mi corazon!
y yo que estaba dudando...
¡Vive! ¡y lo estoy abrazando!
¡Oh, dia de bendicion!

JUAN. Tambien es muy grande el gozo
de que al mirarte me llenas;
por él olvido mis penas.
(Contemplándolo y dándole otro abrazo.)
¡Buen chico!... gallardo mozo!

MOD. Mas ¿quién pudo imaginar
que en este solemne dia
á protegernos vendría
nuestro genio tutelar?
¿Qué santa, bendita mano
hasta aquí le ha conducido?

JUAN. Ninguna; solo he venido:
llegué á Madrid hoy temprano,
te busqué, á tu casa fuí,
supe allí que te casabas,
y tambien que celebrabas
tu boda aquí, y vine aquí.

MOD. ¡Perfectamente pensado!
Jamás tan feliz he sido...
Pero usted no habrá comido,
debe hallarse muy cansado...
Venga usted, le haré servir...

JUAN. No, no puedo complacerte:
deseaba solo verte,
darte un abrazo... y partir.

MOD. ¡Partir? ¿Otra vez? ¡Jamás!
¿Otra ausencia? ¡Desvarío!
No, no quiero, padre mio,
que nos separemos más.

JUAN. Hijo... tambien yo quisiera
verte por siempre á mi lado,
pero lo dispone el hado
de muy distinta manera.

MOD. No tiene el hado razon,
y yo sabré hacerle frente.

JUAN. Eso prueba que es ardiente

y grande tu corazon.
Pero sólo lo que es dable
se debe hacer, hijo amado;
sin duda no has reparado
que estoy... poco presentable.

MOD. No he reparado, ni ¿quién
despues de ausencia tan luenga...
De cualquier modo que venga
mi padre, viene muy bien.

JUAN. ¡Noble, generoso instinto!
¡Creyente, expansiva edad!
Para tí, cierto, verdad,
mas para el mundo... es distinto.
Eres jóven y aún no ves
que en este mundo indigesto
cada cual tiene su puesto:
el mio sé bien cuál es.
Tambien yo, jóven un dia,
alejado de mis lares,
crucé los revueltos mares
lleno de fe, de energía.
Despues de los mares bravos,
del Asia los bosques bellos
blanquearon mis cabellos:
tuve elefantes y esclavos,
mantuve guerra feroz
con salvajes y otras gentes,
y en aquellos continentes
fué poderosa mi voz.
Trabajé mucho y vencí,
atesoré un capital
espléndido, colosal,
que guardaba para tí.
Pero ¡inútiles afanes!
Desastres sobrevinieron
y mi caudal destruyeron
terremotos y huracanes.
Nada pude conservar:
lo poco que me quedó
el fuego lo consumió...
¡paciencia... y vuelta á empezar!
Si fuera rico, vendría

con autoridad, erguido,
y un puesto muy distinguido
la sociedad me daría.
Pero no es así, y me bajo:
nada tengo, nada soy,
y ántes que me echen... me voy
á mi puesto, el del trabajo...

MOD. Mas ¡otra separacion!
y ¿usted cree, padre del alma,
que podré llevar con calma
tan triste resolucion?
Digo que no puede ser,
aunque pese al hado impío...

JUAN. Pues no hay remedio, hijo mio.

MOD. Sí señor; ¿no lo ha de haber?

JUAN. ¿Cuál es?

MOD. El de reposar
aquí, tranquilo, á mi lado:
soy jóven, soy abogado,
y puedo y sé trabajar.
Á todo sabré acudir:
escribiré, haré discursos...
en fin, hallaré recursos:
confio en mi porvenir.

JUAN. En estas horas felices
á todo vuelo te lanzas
en pos de tus esperanzas...
¡Ojalá que las realices!
Pero aun realizada así
la fe con que te electrizas,
todo eso, si lo realizas,
lo has menester para tí.
Por un mundo separados,
sin haberlo ambos querido,
la suerte nos ha tenido
años incomunicados.
Perdido en el mar del polo
cien veces la muerte ví:
¡si yo hubiera estado aquí!...
pero te encontraste solo,
y enamorado y mancebo,
por todo has atropellado...

Es ya un hecho consumado
que disculpo... aunque no apruebo.
Hoy en brazos del azar
ante el mundo te presentas...
y por si estallan tormentas,
que suelen siempre estallar,
ten tus fuerzas preparadas
y unidas, porque hoy te impones
sagradas obligaciones
que á veces son muy pesadas.

MOD. Como la suerte me alumbre
sabré llevarlas con brío...

JUAN. Hágalo Dios, hijo mio,
¡que es grande su pesadumbre!
Aún lo ignoras, y por eso
no quiero que por mi parte,
ya que no pueda ayudarte,
se añada más peso al peso.

MOD. Me llena usted de disgusto...
¿qué peso podrá añadir...

JUAN. Modesto, no hay qué insistir;
yo no hago más que lo justo.

MOD. Pero si...

JUAN. No me convence
tu generoso deseo:
hoy todo oscuro lo veo;
estudia, trabaja y vence.
Y cuando tu noble afan
consigas, y el pan te sobre,
si aún para entónces soy pobre,
á buscar vendré tu pan.

MOD. ¿Conque no hay remedio...

JUAN. No.
Cada cual su estrella siga.

MOD. ¡Padre!...

JUAN. Y que Dios te bendiga
como te bendigo yo.
Valor y á luchar.

MOD. Sí, sí;
pero ¿cuándo volveré
á verle...

JUAN. Pronto; no sé...

ya te haré saber de mí.
Del acaso voy en pos,
y tal vez... Pero esta escena
de pesadumbre nos llena!..
¡Otro abrazo! Adios, adios.
(Se desprende de los brazos de su hijo y desaparece entre la hojarasca de la izquierda. Modesto queda como tristemente impresionado.)

ESCENA V.

MODESTO.

Tiene un carácter de acero:
no le pude convencer;
llega y le vuelvo á perder...
¡y en tal dia!... ¡mal agüero!
Pensé que de mi orfandad
quedaban rotos los lazos,
¡y vuelvo á caer en brazos
de mi antigua soledad!
Si él hubiera presidido
mis bodas, me sentiría
regenerado, creería
que era de Dios protegido.
Pero tan supremo bien
no es dado al pobre alcanzar,
y tiene que batallar...
y aceptar lo que le den.
¡Qué encuentro tan doloroso!
Están saltando mis sienes...
(Sale de la fonda Faustino un poco más alegre que ántes.)

ESCENA VI.

MODESTO, FAUSTINO.

FAUST. Pero, muchacho, ¿no vienes?
que el ponche está delicioso.
Hasta el último cartucho
hay que quemar hoy. Por mí...

(Da un traspiés.)
ya ves que...

MOD. (Muy agitado.) Te envidio, sí;
¡necesito beber mucho!
¡quedar sin memoria y ciego...

FAUST. Pero, chico, tú has llorado...

MOD. ¡Qué he de llorar...

FAUST. (Con interés.) ¿Qué ha pasado...

MOD. (Sin hacerle caso entra en la fonda.)
¡Á beber! ¡pólvora!... ¡fuego!

ESCENA VII.

FAUSTINO.

Se larga y me deja al piste...
Y va el pobre hecho un veneno...
Algo ha pasado y no bueno;
¡cuando digo que estoy triste!
Pero en fin... vamos detrás,
aunque estoy por mi ludibrio...
¿cómo se dice, ébrio ó íbrio?...
ello es que no puedo más.
No; y eso que mi garganta
está forrada de estopa;
mas como apure otra copa...
¡cataplum!... ¿quién me levanta?
Nada!... ¡equilibrio!... no quiero
que se me turbe la vista:
mi chispa... es chispa de artista,
y no chispa de chispero.
(Sale Benito por la izquierda.)

ESCENA VIII.

FAUSTINO, BENITO.

BENITO. ¿Hay quién nos quiera ayudar
á levantar el carruaje
de mi amo?

FAUST. ¿Es á mí el mensaje?

BENITO. Acabamos de volcar

cerca de este merendero:
hemos estado llamando...

FAUST. Tambien estoy yo volcando...
irá borracho el cochero.

BENITO. No señor; una carreta
se atravesó de improviso,
y aunque el cochero no quiso,
caimos en la cuneta.

FAUST. ¡Qué trance!... el alma se abisma...

BENITO. El abismado en rigor
es mi amo.

FAUST. ¡Pobre señor!
y se habrá roto la crisma...

BENITO. En bien poco ha estado; pero
lo que siente es mucha sed...

FAUST. ¿Quién es el amo de usted?

BENITO. Don Pedro Risco.

FAUST. ¡El banquero!

BENITO. Sí señor.

FAUST. ¡Qué llego á oir!...
¿El padre de la...

BENITO. Verdad.

FAUST. Hombre, ¡qué casualidad!...
¿Va de boda?

BENITO. ¡Qué ha de ir!
pues bonita es la ocasion...
por no saber nada de ella
se va como una centella
á su hacienda de Chinchon.

FAUST. (Dando palmadas y gritando.)
Á ver!... Mozos? Eh!... ¡Cantina!
(Salen unos cuantos mozos de la fonda y el Mayordomo de la misma.)
Id, socorred á un banquero
que se está ahogando en dinero.
(Señalando á Benito.)
Id con ese... ¡habrá propina!
(Desapareceu por la izquierda Benito y los Mozos y dice al Mayordomo.)
Prepare usted un refresco...
Ginebra, aguardiente ó rom...
(Entra el Mayordomo en la fonda.)

¡Qué singular situacion!...
¡Oh, qué idea!... Si las pesco...
Esto es sin duda inspirado
por la... la... No es mal ardid...
Si para dar en el quid
no hay como estar alumbrado.
Llega... Esto es. Y al llegar,
ella de zozobra llena...
Hombre!... ¡qué escena!... ¡qué escena
les voy aquí á preparar?
Escena definitiva,
de esas que erizan el pelo:
estilo puro de Otelo...
Ella.—¡Ah!—Él ¡oh!—La esquiva...
Insiste,—la arranca un tufo,—
grita:—¡Piedad!—¡No!—se traba...
En fin, eso de que hablaba
hace un instante don Rufo.
Lo malo es que falta el nene;
mas la culpa es del abuelo...
no espera... y del lobo un pelo...
Me parece que aquí viene.
(Sale D. Pedro por la derecha con algunos de los Mozos, que se retiran por la derecha.)

ESCENA IX.

D. PEDRO, FAUSTINO.

FAUST. Pase usted; franca es la entrada.
Pero hombre, ¿cómo ha sido eso?
¿Se ha roto usted algun hueso?
PEDRO. Nada, no me he roto nada.
FAUST. Mejor!... pero tome asiento...
PEDRO. (Se sienta en el banco, saca el pañuelo, se limpia el sudor y se sacude la ropa.)
Quisiera beber...
FAUST. Y yo;
y beberemos; ¿pues no!
Van á traerle al momento
un refresco... Hoy por acá
á todos damos asilo;

conque... nada! esté tranquilo,
que todo se arreglará.

PEDRO. ¿El qué!...

FAUST. No me lo pregunte.
Ya... ya... Pero esos camellos
no nos traen... Voy por ellos.
Vuelvo. (Éntrase en la fonda:)

ESCENA X.

D. PEDRO, despues CÁNDIDA.

PEDRO. ¿Quién será este apunte?
Algo decirme quería...
Tal vez me conocerá...
tal vez mi agravio sabrá...
¡aciago, funesto dia!
Huyo... mas no sé ¡ay de mí!
adónde llevar mi oprobio.
¡Infames!
(Rumor dentro de risas y conversacion, y entre ellas dice:)

UNA VOZ. ¡Que viva el novio!

PEDRO. ¿Tambien hay novios aquí?
La temeridad me pasma
con que el dolor me persigue:
¿nada habrá que lo mitigue?
¿Tambien aquí ese fantasma
de mi huella viene en pos?
(Ha salido Cándida con un vaso de refresco y se acerca á D. Pedro sin que éste lo note hasta que lo indique el diálogo.)
Pero esta sed me sofoca...
no traen... y está mi boca...
(Viendo el vaso que le alarga Cándida; lo toma sin mirar á ésta.)
Ah!... venga, ¡gracias á Dios!
(Despues de beber y devolviendo el vaso.)
Con ménos dificultad
respiro .. ¡Recuerdo aleve!
(Á Cándida, sin mirarla y en actitud de sacar dinero.)

Muchas gracias... ¿qué se debe?

CAND. (Muy conmovida y arrodillándose.)
Solo un poco de piedad.

PEDRO. (Incorporándose violentamente y retrocediendo al reconocer á su hija.)
¡Eh!... ¡tú... tú aquí!!

CAND. Señor...

PEDRO. ¡Se subleva el alma toda!... (Rnmor dentro.)
¿Es acaso el de tu boda
ese báquico rumor?
Él insultándome está...
¡pues acepto el desafío!

CAND. (Queriendo abrazar las rodillas de su padre.)
¡Perdon!... ¡piedad! ¡padre mio?...

PEDRO. (Rechazándola. Cándida se incorpora.)
Yo no soy tu padre ya.
Padre!.... ¡engañosa ilusion!
¡falso, irrisorio derecho!
Padre!... despues que me has hecho
pedazos el corazon!

CAND. ¡Ay! si viera usted el mio...

PEDRO. El tuyo... pues qué!... ¿le tienes?
¿Olvidas que ante mí vienes
con tu nupcial atavío?
¿Tu perversidad olvida
que te dí mi confianza,
que eras toda mi esperanza,
todo el amor de mi vida?
¿Y cómo tan verdadera
pasion has recompensado?
Abandonando mi lado
por un quidam, un cualquiera.
¡Oh! por tu causa perdí
honor y tranquilidad,
¡todo!... ¿Y hablas de piedad?
¿La has tenido tú de mí?

CAND. Con el alma traspasada
veo su justo furor...
¡Qué ingrata he sido, señor!
he sido y soy muy culpada.
Quisiera su cruel herida
curar con el llanto mio:

fuí presa de un desvarío,
del que estoy arrepentida.

PEDRO. ¿Te arrepientes?

CAND. Del profundo
dolor que le ocasioné.

PEDRO. Sí? pues ven, te llevaré
á los confines del mundo.
Sígueme.

CAND. ¿Seguirle?

PEDRO. Sí:
procuraré allí olvidar...
allí volveré á encontrar
el ángel que aquí perdí.

CAND. De aquel ángel ya no soy
ni la sombra...

PEDRO. Ven!

CAND. No sé
cómo seguirle podré;
Señor!... si casada estoy...

PEDRO. Casada... Así lo ha querido
tu ingratitud extremada:
estás casada... ¡casada!
pues... ¡vete con tu marido!
Allí está tu corazon:
vuelve como una bacante
á la orgía repugnante
que celebra tu traicion,
y piensa, aunque no te cuadre,
entre el bullicioso ruido,
que el padre á quien has vendido
te detesta y te mal...

CAND. Padre!!
¡no quiere usted que las heces
apure de mi pecado...

PEDRO. Tambien yo las he apurado
y sin pecar: no mereces
ni piedad, ni compasion:
aparta!... de tí me alejo,
y al alejarme te dejo
por dote mi maldicion.
(Desaparece por entre el ramaje de la izquierda.)

ESCENA XI.

CÁNDIDA, despues FAUSTINO, RUFO, DAMAS y CABALLEROS.

CAND. (Prosternada, da un grito cubriéndose el rostro con las manos.)
Ay!... que mi desdicha es cierta!
Esto es morir...
(Quiere incorporarse y cae desvanecida. Al propio tiempo salen de la fonda Faustino, Rufo, Damas y Caballeros, y la rodean.)

UNOS. ¿Ha gritado?
RUFO. ¡Caida!
LAS DAMAS. ¡Se ha desmayado!
DAMA 1.ª Ah!.. parece que está muerta.
TODOS. ¡Agua!!
FAUST. No!... ¿quién se resuelve
á darle friegas con ron?
DAMA 2.ª Qué! si es mal de corazon.
DAMA 1.ª Cándida!...
DAMA 2.ª Amiga!
CABS. 1.° y 2.° ¡No vuelve!
FAUST. (Me salió mal el ardid.)
TODOS. Qué haremos?
RUFO. Lo más sencillo...
ahí tengo yo un cochecillo...
me la llevaré á Madrid.
FAUST. Me parece bien pensado:
iremos juntos.
RUFO. No, qué!...
no cabemos.
FAUST. Ya veré...
MOZO 1.° (Desde el fondo.)
El ómnibus ha llegado.
FAUST. Pues se acabó la querella.
DAMA 1.ª Mejor es que la llevemos
al ómnibus.
UNOS. Sí, probemos...
OTROS. (Levantándola.) Cuidado!...
DAMAS, y CABS. (Llevándosela.) Vamos con ella.

FAUST. (Siguiendo con D. Rufo á los que llevan á Cándida, y echando familiarmente al primero el brazo por encima de los hombros.)
Este principio me asusta,
y la tristeza me embiste...

RUFO. (Procurando zafarse de Faustino.)
Lo que usted está, es...

FAUST. (Colgándosele del cuello.) ¡Muy triste!...
Lléveme usted...

RUFO. (Pugnando por desasirse.) ¡Pues me gusta!
(Ántes de que desaparezcan por entre las enramadas del foro, sale de la fonda Modesto en completo estado de embriaguez, con una botella debajo del brazo, y otra en la mano. Va oscureciendo.)

ESCENA XII.

MODESTO.

Eh!... dónde estais... pues me alegro...
¿y el baile?... alguno gritaba...
Por aquí dicen que andaba
ese bribon de mi suegro.
(Encarándose con un árbol.)
¿Qué hace usted ahí de planton?
¿Se calla usted?... pues le largo...
(Tirándole las botellas.)
Ya lo maté... Y sin embargo
tenía el pobre razon.
(Prorumpe en una carcajada, señalando varios puntos en el espacio.)
¡Qué figuras tan esbeltas
giran en danza furiosa!...
¡Es cosa maravillosa
ver la creacion dando vueltas!
¡Va el mundo echando venablos,
revueltos blanco con negro...
¡Allí va, allí va mi suegro
con una legion de diablos!
El infeliz va á pagar
lo que... pero bien pagado;

porque... ¿estoy ó no casado?
pues vámonos á acostar.

(Tropieza en el banco, y queda tendido sobre él. Unos cuantos Mozos vuelven con luces á la escena pór el fondo, al propio tiempo que el Mayordomo sale de la fonda.)

ESCENA XIII.

ÉL MAYORDOMO, MOZOS, MODESTO, tendido y durmiendo sobre el banco.

MAYORD. ¿Se fueron ya todos?
MOZO 1.° Sí.
MAYORD. No han pagado la vajilla
que han roto.
MOZO 2.° Qué gentecilla!
MOZO 3.° Calle!... aquí está el novio, aquí.
MAYORD. Pues pedidle...
MOZO 3.° Yo estoy ronco...
MOZO 1.° Yo le diré... (Gritando.) Eh!... buena alhaja!
dispiértese...
MOZO 2.° Sí, ya baja.
MOZO 3.° Si está lo mismo que un tronco.
MAYORD. Bueno, pagará el padrino:
tengo apuntado su nombre.
MOZO 1.° ¿Y qué hacemos con este hombre?
MAYORD. Qué? sacadlo ahí al camino
que se refresque; y de paso
cerrad.
MOZO 1.° Pues entre los tres...
MOZO 2.° La cabeza...
MOZO 3.° Yo los piés...

(Al apoderarse los Mozos con alegre algazara de Modesto, sale de entre el ramaje D. Juan con rewolver en mano, y dice, apuntando á los Mozos, que retroceden espantados.)

ESCENA XIV.

D. JUAN, DICHOS.

JUAN. ¡Al que le toque lo abraso!
MOZOS. Ah!!...
MAYORD. ¿Quién es?...
JUAN. Un hombre honrado.
MAYORD. ¿Y qué nos viene á pedir?...
JUAN. Yo? nada: vengo á impedir
que abusen de un desgraciado.
MAYORD. Es que debe, y ademas...
JUAN. Él pagará con exceso
cuanto se deba. Ahí va eso...
(Les tira su reloj.)
que vale diez veces más.
(Contemplando á su hijo.)
¡Pobre hijo! tu corazon
no ha podido resistir...
y te has querido aturdir
hasta perder la razon.
¿Y te exponian por eso
en un camino, entre escombros...
Aún tienen fuerza mis hombros
para soportar tu peso. (Lo toma en brazos.)
Acabemos... ¡y apartad!
de esto no os importa nada.
¡Á un lado, gente menguada!
TODOS. Eh!!...
JUAN. (Con voz de trueno.) ¡Paso á la caridad!
(Se aleja con su hijo en hombros, y cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO.

Gabinete en casa de D. Pedro, adornado con lujo. Puerta en el fondo y otra en cada uno de los costados. Encima de la del de la izquierda habrá esta inscripcion: CAJA. Aparece D. Pedro, en traje de casa, reclinado en un confidente. Sale Benito por el fondo de frac y corbata blanca, llevando en una bandeja de plata algunas cartas del correo.

ESCENA PRIMERA.

D. PEDRO, BENITO.

BENITO. ¿Se lo llevo al secretario
ó lo quiere ver vuecencia?
PEDRO. (Sin mirarle.)
¿Y qué es ello?
BENITO. Es el correo
extranjero. La estafeta
ha llegado con atraso.
PEDRO. (Sentándose.)
Á ver, á ver... ¿no hay más que estas?
BENITO. Esas no más han traido.
PEDRO. Bueno, voy á recorrerlas,
y despues las llevará...
Quédese usted por ahí cerca.
BENITO. En cuanto vuecencia toque
el timbre... yo siempre alerta.
(Se retira por el foro.)

ESCENA II.

D. PEDRO, abriendo y examinando las cartas.

«Vuelve á subir el descuento...
¡bien!... el Banco de Inglaterra.»
Estos son los que lo entienden.
(Deja á un lado la carta y abre otra.)
«Cinco mil libras en letras
sobre Lóndres. Bering Brothers,
á noventa dias fecha...»
Esperaré al vencimiento
para realizar sin pérdida.
(Otra carta.)
«Baja de fondos en Francia.»
Es cosa ya que marean
los tales fondos franceses:
no hay cálculo, no hay defensa...
(Otra.)
«Italia. Crísis metálica...»
(Tirando la carta y mirando el sobre de las restantes.)
Su Hacienda como la nuestra.
Hola!... América y la India...
(Abre una.)
«Nueva Yorck. Bien; nuevas quiebras.»
Estos yankees cada diez
años, un corte de cuentas.
(Abre la última.)
«Madrás. Calcuta. La Union
comercial de lana y sedas,
liquida sus capitales,
y sus poderes concentra
en el socio fundador...»
(Quédase un momento pensativo.)
¡Preciosa correspondencia!
Esto de Calcuta es grave,
porque es posible que quieran
recoger en breve plazo
los depósitos, y es fuerza
aprontarlos á la vista...

¡angustiosa, fatal época!
Parece que se hunde el mundo,
que va á faltarnos la tierra;
por todas partes clamores,
la imágen de la miseria...
¿Quién tiene apego á la vida,
si en ella no hay más que penas?
(Vuelve Benito por el fondo.)

ESCENA III.

D. PEDRO, BENITO.

BENITO. Señor...
PEDRO. ¿Qué ocurre?
BENITO. Un sujeto
pide hablar con su excelencia...
PEDRO. Quién es?
BENITO. Dice que su nombre
no hace al caso: que desea
hablarle sólo un momento
de negocios que interesan...
PEDRO. ¿Que interesan á él ó á mí?
BENITO. Á los dos, segun se expresa.
PEDRO. Algun proyectista. Que entre.
¡Bueno estoy para problemas...
(Á Benito, que se retiraba.)
Eh!... Tome usted estas cartas:
que don Adolfo las lea,
y en cuanto acabe ese anónimo
de hablar conmigo, que venga.
BENITO. (Desde la puerta del fondo.)
Caballero, pase usted.
(Se retira por la puerta que conduce á la caja.)

ESCENA IV.

D. PEDRO, D. RUFO.

RUFO. (¡Dios me la depare buena!)
Señor don Pedro del Risco,
perdone usted que me atreva,

sin más recomendacion
que la de una santa empresa,
á molestar tan temprano
su atencion.

PEDRO. No me molesta.
Tratar es de mil negocios
mi cuotidiana tarea.
¿Usted vendrá á proponerme
algun...

RUFO. Mi intencion es esa.

PEDRO. Pues tome si gusta asiento.

RUFO. (Sentándose.) Gracias. Nuestra conferencia
será breve. Yo soy Romo.

PEDRO. Romo? Sea enhorabuena.

RUFO. ¿No le suena á usted mi nombre?

PEDRO. En efecto, no me suena;
pero usted dirá...

RUFO. Creí
que habría usted visto en letras
de molde á don Rufo Romo,
porque há meses... ¡mala leva!
están los gacetilleros
romeándome en la prensa.

PEDRO. No suelo leer gacetillas,
y ménos si son burlescas.

RUFO. Bien se han burlado de mí;
¡ingratuelos! ¡calaveras!
¿Despues de haberlos hartado
de champaña y de chuletas,
llamarme chato, usurero,
cuya prosapia se encuentra
en la Inclusa de Madrid?...
¡Calumnia! ¡calumnia horrenda!
He tenido padre y madre
y he conocido á mi abuela,
que tuvo tienda de gorras...
Mas nada de eso me afecta;
soy prestamista.

PEDRO. Bien, pero
permita usted que le advierta
que mi tiempo es algo escaso,
y hasta ahora de su arenga

no comprendo...

RUFO. Ciertamente.
Time is money: ese es mi lema.
Y dejando digresiones,
aunque no del todo ajenas
al asunto que me trae...
hablemos de otras miserias.
Los pobres chicos sucumben
al peso de la cadena
que arrastran: no pueden más,
su situacion es violenta.
Yo, por usted, por su crédito,
porque el caso no trascienda...
les he adelantado fondos
hasta cinco mil pesetas.
Como es de notoriedad
su generosa largueza,
si usted me las rembolsára
con el interés del treinta...
seguir podría ayudando
su ilimitada pobreza,
hasta que el iris de paz
brille en todas las esferas...
que brillará, por supuesto,
y presumo que se acerca
toda vez que usted me escucha...

PEDRO. Sin romperle la cabeza.

RUFO. (Retirando la silla en que está sentado.)
¡Qué!... no, no se trata de eso:
yo no soy hombre de guerra...

PEDRO. Sí, ya quien es se conoce.

RUFO. Quisiera abrir una senda
á los que gimen y lloran
en medio de las tinieblas...

PEDRO. Pero y usted ¿á qué título
en estas cosas se mezcla?
Perdone usted si le trato
con mi genial aspereza.

RUFO. Qué, no señor; hable usted
como mejor le parezca.
Yo no me cuido de formas...
soy prestamista. ¿Desea

usted conocer el título
en que fundo mi ingerencia?
Un título incontestable...
¡Si soy de la parentela!

PEDRO. ¿Usted es pariente mio!...

RUFO. De más léjos ó más cerca,
soy pariente... espiritual
segun la partida reza.

PEDRO. La partida... ¿qué partida?

RUFO. ¿Pues cuál quiere usted que sea?
la de casamiento; soy
el padrino de él y de ella...

PEDRO. ¡Usted los ha apadrinado!...

RUFO. ¿Qué quería usted que hiciera?
¡Estaban tan decididos!
Él acudió en sus urgencias
á mí... y yo, por la moral...
¡ya ve usted!... ¿quien no respeta
la moral?...

PEDRO. La moral... sí;
con el interés del treinta.

RUFO. Sabe usted que ese interés
es hoy una bagatela.
Usted que presta al gobierno,
apuesto algo á que no presta
á ménos del...

PEDRO. Basta, basta;
será bueno que suspenda...
pues no sé cómo he tenido
para escucharle paciencia.
No sé, ni saber quiero
de historias ó de novelas
que sólo para mí tienen
páginas de horrores llenas.
Ignoro quién es usted,
y no es justo que consienta
que en mis asuntos privados
un punto más se entremeta.
Por lo tanto, hemos concluido.

RUFO. ¿Y esa es toda su respuesta?

PEDRO. Bien quisiera no darle otra
más expresiva y concreta.

RUFO. Pues... nada; puede usted dármela
con absoluta franqueza:
peor que esa no ha de ser,
y en cobrando mi talega
con los intereses...

PEDRO. Bueno;
una vez que usted se empeña...
(Toca el timbre y aparece Benito en el foro.)
Indique usted al señor
el camino de la puerta.
Beso á usted la mano.

RUFO. Pero...
esa es la misma respuesta:
todo es echarme á la calle
y sin cobrar... que es más negra.
¡Salir por la puerta así...

PEDRO. Á ménos que usted prefiera
salir por algun balcon...

RUFO. No!... las salidas aéreas
me interesan poco... y puesto
que á reconocer se niega
una deuda tan legítima...

PEDRO. ¡Cómo legítima deuda!
yo no debo nada á nadie,
y falta usted á sabiendas...

RUFO. Quiero decir...

PEDRO. (En actitud amenazadora.) Señor mio;
ya es mucha su impertinencia,
y va á ponerme en el caso...

RUFO. No señor, no!... Le exaspera
mi... lo siento, y me retiro:
perdone usted la molestia.
Otro dia... Conque...

PEDRO. Agur.

RUFO. (Este Risco es una peña...
un diamante... pero en bruto.)
(Sale por el foro y vuelve á presentarse en la puerta, desde la que dice:)
¿Le parece á usted que vuelva...

PEDRO. (Asiendo una silla.)
¡Ira de Dios! ¿Otra vez?
(Escapa D. Rufo.)

ESCENA V.

D. PEDRO, despues D. ADOLFO.

PEDRO. Habrán querido sondar,
y... ¡obligarme á soportar
un hombre de ese jaez!
Esperan que al fin me venza...
¡gran chasco!... ¡Vaya un marido!
lo que dije, algun perdido
sin pudor y sin vergüenza.
Habrá dicho para sí:
«es rica; nos casaremos,
y por ella encontraremos
la minas del Potosí.»
Mal plan; inútil vigilia:
quedé en soledad horrible...
mas ¿quién sabe? aún es posible
que encuentre nueva familia.
(Sale por la izquierda D. Adolfo con gafas verdes, varios volantes de papel y un lapiz.)
Hola! ¿es usted, don Adolfo?
Mal dia tenemos hoy;
aseguro á usted que estoy
agitándome en un golfo
de pesares...

ADOLFO. (Volviéndose otra vez al cuarto de la caja.)
Volveré.

PEDRO. (Toma!... y se vuelve á marchar...)
¿Se va usted?

ADOLFO. Á trabajar.

PEDRO. Pero ántes dígame...

ADOLFO. (Acercándose á D. Pedro.) Qué?

PEDRO. (Este hombre es muy fiel, muy guapo,
muy todo; mas para hablarle,
no hay recurso, hay que sacarle
el habla con sacatrapo.)
¿Se recaudó?...

ADOLFO. Sí señor.

PEDRO. ¿Está completo?

ADOLFO. Cabal.

PEDRO. Hoy el correo...
ADOLFO. Fatal.
PEDRO. Lo de Calcuta...
ADOLFO. Peor.
PEDRO. ¿Qué depósitos tendré
que entregar, si viene en pos
un giro á la vista?
ADOLFO. (Trazando rápidamente guarismos con el lapiz en una tira de papel.)
Dos.
PEDRO. Dos... ¿qué?
ADOLFO. Millones.
PEDRO. ¿De qué?
ADOLFO. De duros.
PEDRO. ¿Está usted loco?
ADOLFO. (Entregándole el volante sobre que ha escrito.)
Por menor.
PEDRO. (Examinándolo.) (¡Qué hombre tan ducho!)
¿Papel en cartera?
ADOLFO. (Dándole otro volante.) Mucho.
PEDRO. ¿Efectivo en caja?
ADOLFO. (Dándole otro.) Poco.
PEDRO. (Revisando los papeles.)
Justo; mas de todos modos
aunque es mayor nuestro activo
que el pasivo, de efectivo
carecemos.
ADOLFO. Como todos.
PEDRO. Nada; cueste lo que cueste
hay que vender.
ADOLFO. (Haciendo números.) No.
PEDRO. ¿Qué opina
usted de vender?
ADOLFO. La ruina.
PEDRO. Pero ¿y qué remedio?
ADOLFO. (Entregándole otro volante.) Éste.
PEDRO. Prestar doscientos millones
al Estado... ¡bueno es esto!...
cuarta en dinero... ¿Y el resto?
ADOLFO. Papel.
PEDRO. Me dan tentaciones...
la ganancia es fabulosa...

el gobierno está apurado...
si admite el consolidado
á cincuenta...

ADOLFO. Esa es la cosa.

PEDRO. Pero ¿qué importa un gran rédito
si no se llega á cobrar?...
si hay siempre que renovar...
si aquí se vive...

ADOLFO. Del crédito.

PEDRO. Por estas operaciones
contra nosotros se clama,
y el vulgo á gritos nos llama
agiotistas y ladrones.
Sin ver en sus formas toscas
que, prestando y no cobrando,
todos nos vamos quedando
sin sol, sin luz... y con moscas.
Por todas partes estragos...
Si presto y no cobro, á fe
que no adivino con qué
podré hacer frente á mis pagos.

ADOLFO. Hay que arriesgar...

PEDRO. Cierto, sí;
arriesgar sin duda alguna;
pero arriesgar la fortuna,
es droga...

ADOLFO. Todo está así.

PEDRO. Tanto arriesgar, es cruel;
por haber tanto arriesgado,
mi capital...

ADOLFO. Ha doblado.

PEDRO. Pero me ahogo en papel.

ADOLFO. No importa.

PEDRO. Estoy en un potro...
Sí... la operacion es buena;
pero de dudas me llena...
¿no habrá otro medio?

ADOLFO. No hay otro.

PEDRO. Pues señor; el trance es sério
y hay que salir del atranco.
Voy á vestirme. Iré al Banco,
y del Banco al ministerio.

Una nota con presteza
saque usted de esa baraja
de bonos... Ya iré á la caja.
(Dirigiéndose y entrando en la habitacion de la derecha.)
Si hoy no pierdo la cabeza..

ESCENA VI.

D. ADOLFO, haciendo números, BENITO.

ADOLFO. Una nota, asunto breve
en dos segundos... la pongo.
BENITO. (Saliendo por el fondo.)
¡Dios nos pille confesados!
Don Adolfo, una de pópulo...
¿Dónde está el amo?
ADOLFO. (Sin mirarle.) Por ahí.
Treinta millones de bonos.
BENITO. Sí, de *malos* digo yo:
parece que los demonios
hoy pretenden obsequiarnos.
ADOLFO. La mitad... son del Tesoro.
BENITO. Qué han de ser; son del infierno;
que va á tragarnos á todos.
ADOLFO. Resto: otomanos... Tres séries...
BENITO. Sério es el caso, y no poco;
por eso vengo á rogarle,
á solicitar su apoyo...
ADOLFO. Es una nota... completa.
BENITO. Pero ¿no me oye usted?
ADOLFO. Oigo.
BENITO. La señorita está en casa,
y...
ADOLFO. (Doblando la nota.) *Finis coronat opus.*
BENITO. No hay tal fin, sino principio.
Con desesperado arrojo
se empeña en ver á su padre,
que esta cada vez más hosco.
Se lo he dicho; pero insiste;
y cuando le hablo de estorbos,
suplica, llora y me parten

el corazon sus sollozos.
¡Qué pálida está la pobre!
no hay más que mirar su rostro
para comprender que pasa
y ha pasado unos tramojos...
En fin; ahí está, ¿qué hacemos?
seguro es el terremoto;
mas para evitar su furia
pudiera encontrarse un modo...
Usted tiene mucha mano
con el amo, eso es notorio:
si usted le habla... y lo prepara...
¿qué dice usted, don Adolfo?

ADOLFO. Ese es un papel... sin curso:
está excluido... de los fondos.

BENITO. Sin embargo, como usted...

ADOLFO. (Volviéndole la espalda y entrando en la caja.)
Mal negocio... mal negocio.

ESCENA VII.

BENITO, despues CÁNDIDA.

BENITO. ¡Anda, egoiston! Ese hombre
es en junto un escritorio
ambulante, es un somnámbulo
con las entrañas de corcho.
Dejarme así en la estacada
para que afronte yo solo
el huracan... Siento pasos...
(Viendo salir á Cándida, que viste un traje negro muy usado.)
Ella!... ciertos son los toros.
Señorita, por la Vírgen
del Pilar, por San Antonio,
deje usted para otro dia...
aún es demasiado pronto...
hoy nadie aquí nos protege,
espere usted otro poco...

CAND. Esperar!... ¿y cómo espera
la que carece de todo?
Esperar!... eso se dice

muy bien desde un sitio cómodo;
pero cuando hay hambre y frio
y enfermedades é insomnios,
esperar... ¡ay!... es morir
en el más triste abandono.

BENITO. Tiene usted mucha razon,
y repito que no hay ojos
para ver tanta desdicha.
¡Si yo fuera poderoso!...
pero ¡cá!... un pobre criado...
Tres centenes tengo en oro...
Si usted me hiciera el favor
de aceptar estos ahorros...

CAND. Benito, ¡Dios te lo pague!
tu corazon es hermoso...

BENITO. Eh!... señora; salga usted
por el momento de ahogos,
que mañana Dios dirá,
por más que se haga hoy el sordo...

CAND. Te lo agradezco en el alma.

BENITO. Tome usted...

CAND. No, no lo tomo.
Considero tu presente
como un don el más precioso;
pero ya he dado este paso,
y á volver no me conformo
sin que se fije mi suerte.

BENITO. Señorita, no respondo
de que salga usted con bien.

CAND. Benito, ni yo tampoco:
mas saldré con nueva vida
ó con el corazon roto.

BENITO. Momentos de indecision,
de zozobra... hay mar de fondo...
(Corriendo hácia la puerta de la derecha y escuchando.)
Huf!... me parece... ¡Es el mismo!...
¡válgame el ángel custodio!
conozco su taconeo...
va á salir... ¿dónde me escondo?...
Por Dios... por última vez...

CAND. (Cubriéndose con el velo.)

No, vete; déjanos solos.

BENITO. (Retirándose por el fondo.)
Dios mio... tened piedad...
Voy á buscar leña al sótano.

ESCENA VIII.

CÁNDIDA, D. PEDRO.

PEDRO. (Sorprendido.)
¿Eh... quién es...

CAND. Una merced...

PEDRO. (¡Ella!)

CAND. (Alzándose el velo.) Esta infeliz implora.
Yo soy.

PEDRO. (¡Pérfida!) Señora...
usted... ¿y quién es usted?

CAND. Aunque mucho padecí
de algunos meses acá...
¿no me conoce usted ya?

PEDRO. No la conozco.

CAND. ¡Ay de mí!
Soy la que en aciago dia,
trastornada su cabeza,
cometió una ligereza
sin comprender lo que hacía.
Mi espíritu atribulado,
ciega en mi amante pasion,
entregué mi corazon
á un ser pobre, pero honrado.
Con insistencia afanosa
trabaja, busca, no cede...
y hace todo cuanto puede
por verme alegre y dichosa.

PEDRO. Pues bien; si endulza sus penas,
si le hace amable el vivir...
¿qué más puede usted pedir?
le doy mil enhorabuenas.

CAND. ¡Ah, señor! Aceptaría
su sarcástica bondad,
pero la fatalidad
nos persigue noche y dia.

Mi esposo rinde tributo
al trabajo hora tras hora,
y así lo encuentra la aurora,
y la noche... mas sin fruto.
Teje á su sien la guirnalda
del mártir; lucha, medita...
pero como necesita,
todos le vuelven la espalda.
Sin fuerzas ya, sin valor;
nuestros recursos concluidos.
(Bajando mucho la voz.)
hoy nos hallamos sumidos
¡en la miseria!... señor.

PEDRO. Sí, comprendo su disgusto:
cuando de pan se carece,
es triste... Pero parece
que usted se casó á su gusto:
que usted se formó esa red
que ahora le causa espanto...
Usted lo quiso... por tanto
¿á mí qué me cuenta usted?

CAND. En el dolor que devoro
no vengo á invocar, señor,
el dulce paterno amor
que como perdido lloro.
Juzgo de más eficacia
en mi doliente orfandad,
implorar su caridad
en nombre de la desgracia.

PEDRO. Ella un respeto profundo
me inspira en todas sus fases;
pero esas son frases... frases
que hoy sabe hacer todo el mundo.
Pues si acudieran á mí
en sus dignas desventuras
los millares de criaturas
que se casan mal y así:
las locas que se alucinan
y á sus pasiones se entregan:
las ingratas que reniegan
de un buen padre y lo asesinan;
si aquí á descargar el peso

vinieran de tanto mal,
¿adónde habría caudal
que bastára para eso?
¿Qué quiere usted? La indigencia
se extiende de polo á polo,
y eso lo remedia sólo,
no el hombre, la Providencia.

CAND. La imploro á cada momento;
mas su silencio me asusta.

PEDRO. La Providencia es muy justa;
de toda equidad asiento,
y como lo observa todo,
no basta decir: «Perdon,
que me arrastró la pasion,
por ella me hundí en el lodo.
Y ahora que he consumado
mi crímen y hay hambre y sed,
ahora... remedie usted
el mal que yo me he buscado.»
No!... salid de vuestro error,
hijas torpes, fementidas;
las heridas son heridas
y se curan con dolor.

CAND. Toda mi sangre se hiela...
¡yo criada en el regalo...

PEDRO. Ahí verá usted... Cada palo
tiene que aguantar su vela.
Esta es ley eterna, fija,
que nadie puede alterar.

CAND. Pero ¿va usted á dejar
que muera su propia hija?

PEDRO. ¿Quién! ¿mi propia hija?... ¡no!
no hay en mi cielo esa nube:
es verdad... una hija tuve...
mas la perdí, se murió.

CAND. ¡No, padre!!

PEDRO. (Rechazándola.) Y basta; mis ócios
son muy escasos ahora:
á los piés de usted, señora,
me reclaman mis negocios.
(Entra precipitadamente en el cuarto de la caja.)

CAND. ¡Horrible, horrible expiacion!

ESCENA IX.

CÁNDIDA, D. JUAN y BENITO, disputando dentro.

JUAN. Anuncie usted á don Juan...
BENITO. No puedo pasar recado.
JUAN. Pues entraré.
BENITO. ¿Qué ha de entrar?
(Aparecen en el fondo.)
JUAN. (Dando un empellon á Benito.)
Apártese!
BENITO ¡Escuche usted!
JUAN. (Señalando á Cándida.)
Como lo pensé, aquí está.
CAND. (Llorando y arrojándose en los brazos de D. Juan.)
¡Ah, padre mio!
BENITO. (Eh? padre...
¿padre suyo ese jayan?...
Pues entónces ¿qué es el otro?
¿Si será este el suegro... ¡Yáa!...)
JUAN. Me anunciaba el corazon
que te había de encontrar
en esta casa.
CAND. He venido...
JUAN. Lo supongo. Vete, sal
de donde no hay para tí
ni esperanza ni piedad.
CAND. Pero he debido...
JUAN. Que ignore
tu marido este fatal
paso que en su ausencia has dado,
que no lo sepa jamás.
Vuélvete á casa, hija mia,
que yo...
CAND. ¿Le va usted á hablar?
JUAN. Voy á intentarlo.
CAND. ¡Ah, señor!
se expone usted á un desman:
no guarda ya ni aun recuerdo
de ternura paternal.
JUAN. Y bien; conozco las iras

de la suerte y de la mar:
así, las iras de un hombre
poco me sorprenderán.
(Acompañándola hácia la puerta del fondo.)
Pero adios, y luégo iré
á veros.

CAND. ¡Dios de bondad:
conceded á nuestras almas
algun instante de paz!

ESCENA X.

D. JUAN, BENITO.

JUAN. Conque, vaya, buen amigo:
¿ahora no se negará
á anunciarme...

BENITO. Diré á usted;
el caso dá en qué pensar.
Si á su pobre hija maltrata,
con el consuegro ¿qué hará?
¿Quién es el guapo que ahora
le dice, sin más ni más,
«ahí está el padre del hijo
de la...»

JUAN. No hay necesidad
de ese anuncio. Diga usted...
«Un dependiente ahí está
de la sociedad indiana
de Calcuta y de Madrás.»
Con esto solo...

BENITO. Ya; pero
como eso no es la verdad,
en cuanto descubra el ajo,
la tormenta estallará.

JUAN. Eso será cuenta mia.

BENITO. Y mia tambien.

JUAN. No tal;
Usted no da más recado
que el recado que le dan.

BENITO. Pero es recado que tiene
una cola, que ya, ya.

JUAN. Esto á Cándida interesa;
y si usted no quiere entrar,
entraré yo; me es lo mismo
entrar por bien ó por mal.

BENITO. (Diablo de hombre!... y por la pinta
como lo dice lo hará.
Él parece algo tronado...
mas no se puede negar
que es miembro de la familia...
padre aquel, y este otro... igual;
dos padres cabales. Pero
si entre tanto padrear
pierdo yo mi posicion
me parten por la mitad.)

JUAN. (Con viveza.) ¿En fin...

BENITO. En fin... por la niña,
por su bien debo arriesgar...
Espere usted un momento.
Pecho al agua, voy allá. (Entra en la caja.)

ESCENA XI.

D. JUAN.

Gracias á Dios que he logrado
vencer el miedo cerval
del que guardaba las puertas
del santuario... ¡bueno va!
¿Cómo saldremos de aquí?
bien se puede asegurar,
que en alas del torbellino;
pero aunque haya tempestad,
cumpliendo yo como debo,
no me importa lo demas.

ESCENA XII.

D. JUAN, D. PEDRO.

PEDRO. (Saliendo.) Pero adónde... ¡ah! ¿es usted
el que viene de...

JUAN. En efecto,

yo soy.

PEDRO. (Singular aspecto...)
(Señalándole un asiento.)
Pues hágame la merced...

JUAN. (Sentándose.)
Muchas gracias.

PEDRO. Y ¿hace mucho
que de las Indias salió?

JUAN. Mucho, mucho... mucho, no;
pero bastante.

PEDRO. ¿Qué escucho?
creía que de improviso...

JUAN. Despues de algunos reveses
llegué á Madrid há unos meses.

PEDRO. Pues no he recibido aviso.

JUAN. No lo creo necesario.

PEDRO. Pues yo lo creo esencial:
soy de «*La union comercial*»
en Madrid depositario,
y para hablar en razon
de fondos, es muy sagrada...

JUAN. Como no pienso hablar nada
sobre fondos de *La union*...

PEDRO. ¿Pues usted, á lo que entiendo,
no es de *La union dependiente*?

JUAN. Lo he sido; pero al presente...
al presente no dependo.

PEDRO. Entónces, no sé con quién...
Sin duda habrá equivocado
el criado...

JUAN. No, el criado
ha dado el recado bien.

PEDRO. Él me anunció un dependiente
de nuestra *Union comercial*:
usted dice que no es tal
dependiente...

JUAN. De presente.

PEDRO. Pero usted tendrá algun nombre...

JUAN. Sí señor; se lo daré.

PEDRO. Lo espero, porque aún no sé
con quién hablo.

JUAN. Con un hombre

de buena fe, sin jactancia:
Quiero evitar graves males,
y me llaman Juan Morales.

PEDRO. Quedo en la misma ignorancia.

JUAN. No me sorprende tampoco:
no me conoce y comprendo...
pero de ella irá saliendo
así que hablemos un poco.
Hablar con usted quería:
usted no querría verme...
y he tenido que valerme...

PEDRO. ¡Ya!... de una superchería.

JUAN. El vocablo es indigesto...

PEDRO. Es el que aplico sin tasa
al que penetra en mi casa
con un título supuesto.

JUAN. Sí señor, mas suena mal,
y á ninguno satisface:
llamémoslo si le place,
una ficcion venial.
No es mucho que esto le exija:
¿me estaría usted oyendo
si hubiera entrado diciendo...
aquí está el suegro de su hija?

PEDRO. (Saltando de su asiento.)
¡De mi hija.... ¡Usted!... ¿habré oido...

JUAN. Muy bien.

PEDRO. (Con ira reconcentrada.) Tiene razon, sí:
si empezára por ahí,
no le habría recibido.

JUAN. Por eso tuve reparo...
respetando la desgracia...

PEDRO. Lo que me asombra es la audacia,
por no decir el descaro,
conque, siendo usted quién es,
se atreve á llegarse á mí.

JUAN. Pues mire usted, yo creí
que la cosa era al revés.

PEDRO. ¡Cómo al revés?

JUAN. Sí señor;
así yo lo imaginaba:
llegándome á usted, pensaba

que le hacía un gran favor.

PEDRO. ¿Favor á mí unos mendigos
que pretenden explotar...
eh! yo no puedo aceptar
favor de mis enemigos.

JUAN. Veo que la marejada
es mucha... y que no hay manera...
pero hable usted como quiera,
yo no me altero por nada.

PEDRO. Que se altere usted ó no,
ni me importa ni da susto.

JUAN. Mas no es bueno ser injusto,
y usted lo es conmigo.

PEDRO. Yo!
¿Despues de lo sucedido,
que me subleva y sonroja,
pretende usted que le acoja
como á un amigo querido?
¿Podré en ocasion alguna
recibir ni perdonar
á los que por asaltar
mi proteccion y fortuna,
con astuta seduccion
han amargado mi vida,
abriendo incurable herida
en mi leal corazon?
Ah!... debo aceptar el peso
de mis gratuitas desgracias,
y aun dar á ustedes las gracias...
¿no es esto, señor?

JUAN. No es eso.
Yo no le he causado mal,
ni le he tendido esas redes,
por tanto borre el *ustedes*
de su acusacion fiscal.
Tras larga ausencia he llegado
á Madrid, y en ocasion
en que esa funesta union
era un hecho consumado.
¿Qué hacer me correspondía?
desear á entrambos locos
dia de paz... ¡fueron pocos!

PEDRO. Y de paso añadiría...
«Mi hijo ha casado tal cual;
ya no habrá quien desbarate...»
JUAN. No he dicho tal disparate;
mi hijo ha casado muy mal.
Libre y á su bien atento,
muy pronto habría llegado
al puesto á que está llamado
por su honradez y talento.
PEDRO. ¿Honradez un seductor
que de una pobre inocente
ha trastornado la mente?
JUAN. Mucha honradez, sí señor.
Yo tengo quejas tambien
y aquí exponerlas debemos:
por de pronto no sabemos
quién ha seducido á quién.
Sólo sé que el pobre chico,
ciego de amor, delirante,
no ha pensado ni un instante
en si era usted pobre ó rico.
Sin comprender del vivir
las miserias ni las galas,
tendieron ambos las alas
fiando en lo porvenir.
Y sucedió... y con razon,
lo que siempre en tales casos
sucede al dar ciertos pasos
sin prévia meditacion:
que el porvenir sólo ve
al que poco en él confía,
y al que de él todo lo fía
suele darle un puntapié.
Ahora bien: de tanto error,
de todo lo que ha pasado,
¿quién es el mayor culpado?
Usted.
PEDRO. ¡Cómo...
JUAN. Sí señor.
Usted, aunque mal le cuadre,
el mayor culpado ha sido:
usted, porque no ha sabido

llenar su deber de padre.
¿Ha celado con prudencia,
tuvo usted la vista fija
en las acciones de su hija?
¿Protegió su inexperiencia?
¿De saber mostró el deseo
cuando salía y entraba,
con quién en visita hablaba,
con quién hablaba en paseo?
¿No? pues sus ayes son vanos:
si su apatía es la autora...
¿por qué se queja y ahora
toma el cielo con las manos?
¿Cómo, andando entre unos y otros,
quiere que la juventud
tenga un juicio, una virtud
que no tuvimos nosotros?

PEDRO. Aboga usted con gran copia
de frases, y aboga bien.

JUAN. No abogo...

PEDRO. Oh! sí; como quien
aboga...

JUAN. ¿Qué?

PEDRO. En causa propia.
Pero es inútil que esgrima
las armas que me ha mostrado:
mi caudal... está blindado.

JUAN. Hombre... me causa usted grima.
Cuanto de sus labios cae
es sarcástico, altanero...
¿piensa usted que su dinero
es el iman que me atrae?
Yo he sido rico tambien,
y aunque todo lo perdí,
nada quiero para mí;
¡maldito dinero, amen!
Pido en tanta desventura
para una pareja amante,
que ha expiado ya bastante
un momento de locura.
Yo les ayudo con cuanto
alcanzo, trabajo y toco;

pero ¡yo puedo tan poco!
y ¡usted puede tanto, tanto!
que al cabo la compasion
en su corazon honrado...

PEDRO. Está usted equivocado;
yo no tengo corazon.

JUAN. Eso... ¡bah! no puede ser;
perdone usted, no convengo...

PEDRO. Repito que no lo tengo;
no!... ni lo quiero tener.

JUAN. Da usted á un motivo fútil
tanta y tanta gravedad...
Un corazon sin piedad
es un corazon inútil.

PEDRO. Bien; dejemos esta pugna...

JUAN. Sí, y con ella las rencillas.
(Arrodillándose.)
¡Se lo pido de rodillas!...

PEDRO. Aparte usted, que repugna
ver en su humilde insistencia,
de la miseria en el nombre,
hasta dónde baja un hombre
á buscar su conveniencia.

JUAN. No veo en ello baldon
ni sacrificios prolijos,
que humillarse por los hijos
es muy santa humillacion.
Perdone, olvide sus yerros:
la expiacion es dura, fiera,
y déles usted siquiera
lo que da usted á sus perros.

PEDRO. ¡Mis perros! son animales
que merecen proteccion:
mis perros siquiera son
agradecidos, leales.
Basta... y recoja su red:
mi hija por más que ha gemido
mi carácter no ha vencido,
¿cómo ha de vencerlo usted?

JUAN. Eso con toda verdad,
perdone usted mi franqueza,
no es carácter ni entereza,

eso se llama crueldad.

PEDRO. Se llamará, no me espanto.

JUAN. ¿Conque no...

PEDRO. Ya me importuna.

JUAN. ¿No hay esperanza...

PEDRO. Ninguna.

JUAN. (Levantándose con ímpetu y con creciente altivez.)
Pues entónces me levanto.
no tiene usted caridad;
y no extrañe, aunque me imite,
que el dia que necesite
para usted no haya piedad.

PEDRO. Conformes; y áun cuando rádie
ese dia, le diré,
que en él no me arrastraré
ante las plantas de nadie.

JUAN. ¿Usted cree...

PEDRO. Bah! sin disputa:
mi caja está bien provista.

JUAN. (Presentándole unos papeles.)
Pues pague usted... ¡y á la vista!
estas letras de Calcuta.

PEDRO. (Examinándola y con creciente turbacion.)
Eh!... ¡rayos!... ¡golpe infernal!...
¡Pues... quién es usted, señor...

JUAN. Soy el socio fundador...

PEDRO. (Dejando caer el paquete de letras que recoge don Juan.)
¡Ah!!

JUAN. DE LA UNION COMERCIAL.

PEDRO. (Balbuciente.)
(Enredo... intriga sútil...)
Mas hoy nadie... sin apuros...
¡Son dos millones de duros!...

JUAN. Ojalá fueran cien mil.

PEDRO. No hay efectivo en la... pero
puedo entregarle valores...

JUAN. No entiendo de esos primores:
nada... ¡en dinero! ¡en dinero!

PEDRO. Imposible!

JUAN. (En actitud de retirarse.) Esto decido,
caballero, y Dios le guarde:

ó paga usted esta tarde,
ó al tribunal.

PEDRO. (Arrojándose en un confidente y tapándose el rostro con las manos.)
¡Soy perdido!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Una sala aguardillada. En el fondo una ventana que da sobre el tejado: una puerta en cada uno de los costados. En el ángulo de la derecha arriba, la entrada de un pasillo, en el que se supone está la puerta de la escalera: una cuerda, cuya punta está sujeta al muro del fondo, sirve para abrir la puerta á los que vienen de la calle. El aspecto de la casa, así como el de los que la habitan, es el de una marcada pobreza.

Aparecen, Modesto, con el sombrero puesto y envuelto en una mala capa, escribiendo sobre una mesa de pino sin pintar, cubierta de papeles, y Cándida mirando á la calle desde la ventana.

ESCENA PRIMERA.

CÁNDIDA, MODESTO.

CAND. ¡Dios mio, lo que tarda!
No le veo venir... ¿habrá logrado
hablar con él?... Más ¡ay! ¿qué es lo que aguarda
mi corazon de angustías abrumado?
Ni aun quiso conocerme, ni dió oido
al eco dolorido
de mi intenso pesar... ¡ay desdichada!
¡ya no hay consuelo ni te resta nada!

MOD. (Recitando lo que acaba de escribir.)
«Reina del mundo, inspiracion sagrada;

»sube rasgando los ambientes puros
»que envuelven las celestes monarquías,
»y si me envias tu inmortal mirada,
»coronarás las esperanzas mias.»
Flojillos son los versos, y algo oscuros
los conceptos... más ¡ay!... ¡si no he cena-
Si me dieran siquiera veinte duros [do!...
por esta coleccion de poesías,
quedaba por lo pronto remediado.
Seis mil versos tendrá... más desconfio...
¡es mi estrella tan negra, tan tirana!
¡me oprime tanto ya... Pero ¡qué frio!...
(Volviéndose hácia donde está Cándida.)
If... toma; si está abierto... ya decía...
pues si esto es, aún cerrado, una nevera...
¿Mi bien? ¿Cándida mia?...
Si quisieras cerrar esa vidriera...

CAND. (Cerrándola.) Aquí estaba asomada
por ver si tu buen padre... ¿Sientes frio?

MOD. Qué... no; tirito... ¿Y tú?

CAND. No siento nada.

MOD. ¿No sientes... ni aun amor, corazon mio?

CAND. (Abrazándolo.)
¡Ay Modesto del alma!... ¿que eso digas
cuando sabes que en tí sólo se encierra
mi fe, con que á premiar tu amor me obligas,
¡tu amor!... mi único bien sobre la tierra?

MOD. ¡Mísero bien, encanto de mis ojos,
que no alcanza, por más que lo procuro,
á separar los ásperos abrojos
que van cerrando mi camino oscuro!
Y tú, tan delicada,
al regalo y al lujo acostumbrada,
¿cómo quieres que yo en calma te vea
á creciente miseria condenada?

CAND. Nada, contigo, mi ambicion desea.
Tú por mí, yo por tí, juntos vinimos
entre estas pobres áridas paredes
á ocultar lo que somos, lo que fuimos,
y para reparar lo que perdimos,
ya trabajas, Modesto, más qué puedes.

MOD. Pero Dios no bendice

mi trabajo incesante...
¡Qué bien dice mi padre, cuando dice,
con su risita entre severa y chusca
que el corazon me abrasa...
«La fortuna no espera al que la busca;
inútil es llamar... nunca está en casa.»
En fin, como un ilustre pordiosero,
voy á llevar el tomo que he concluido
al librero de abajo... ¡qué librero!
y si me da lo poco que le pido,
nada, unos veinte duros,
nos sacará de apuros
y almorzaremos. Eh!... no me despido;
es obra de un instante
porque es corto el camino.
(Suena la campanilla.)
¿Llamaron?

CAND. Sí.

MOD. (Tirando de la cuerda del fondo.) Adelante.

CAND. Será tu padre.

MOD. Acaso; no, es Faustino.

(Aparece éste con levita de color claro abrochada hasta el cuello: una inmensa bufanda le cubre hasta los ojos; sombrero blanco, todo bastante averiado, y con las manos metidas en los bolsillos del pantalon.)

ESCENA II.

CÁNDIDA, MODESTO, FAUSTINO.

FAUST. ¡Hola, chicos!... ¿Á siete bajo cero
y aún no teneis siquiera aderezado
un mísero brasero?

MOD. El tufo es tan pesado...

FAUST. Comprendo: para hacer un buen brasero,
lo primero que el caso necesita
es cisco, ¡mucho cisco! esto es probado.
¿Dais algo de almorzar?

MOD. No hemos cenado.

FAUST. El hambre se me quita
al escuchar vuestra doliente historia.
Pero hombre... es cosa fuerte;

¡que hayamos de tener tan mala suerte!
¡que yendo, como vamos tras la gloria,
cultivando la noble inteligencia,
lo que dejan de hacer tantos magnates,
no salgamos jamás de la indigencia,
y hayamos de ser siempre unos petates!
Aquí está mi sombrero,
sombrero de verano, única prenda
(Tocándose la frente.)
que impide que el volcan de aquí se encienda,
y hoy estamos á siete bajo cero.
Comprado há muchos dias
en la bella ciudad de! Guadalorce,
al verlo en estas madrugadas frias,
el termómetro baja hasta catorce.
(Se encasqueta el sombrero dando en él una palmada que lo deja abollado.)
¡Qué lástima de genios!
con un poco de abrigo dentro y fuera,
haríamos sonar por la ancha esfera
acordes, celestiales armonías,
pensamientos profundos
que asombráran la gente venidera...
¡Oh mundo, el más ingrato de los mundos!
¿Nos abandonas? Bien: pues cuando acuerdes
será muy tarde ya: tú te lo pierdes.

CAND. Oh! no hay que desmayar. Hoy de la suerte
sentimos los rigores;
pero ¿quién sabe? tras los malos tiempos...

FAUST. Vendrán otros peores.
¿No han de venir?... Si es cosa ya de risa...
mirad si esto que os digo es ó no exacto.
Un jefe de correos hoy me avisa
que tengo allí una carta...
una carta de América. En el acto
acudí... ¡pero dichas incompletas!
El porte de la carta
asciende ¡á dos pesetas!
y aunque eché de mentiras una sarta,
allí muerta de risa se ha quedado...
¿Tú tampoco tendrás?...

MOD. No hemos cenado.

FAUST. Corriente: que la quemen; no hay correo.
El que quiera tener correspondencia
conmigo, que haga uso del franqueo.
MOD. ¿Esperabas acaso alguna herencia?
¿Tienes tio en las Indias?
FAUST. No, un amigo,
que ha sido mi maestro, allá ha marchado
y llevó nuestra ópera consigo.
Como aquí ni siquiera la han mirado,
le dije, á ver si allá mejor estrella
nos alumbra. Ha llegado, y esa carta
pudiera suceder que hablára de ella.
MOD. Pues bueno, chico, no te desconsueles:
aquí tengo ya un tomo de poesías;
bajemos á vender estos papeles.
Si los vendo, tus penas y las mias
podremos remediar y almorzaremos;
si no los vendo, venderás mi capa.
FAUST. ¡Eso no! que la capa es media vida,
y tapa muchas veces... ¡lo que tapa!
MOD. (Tomando de la mesa un legajo de manuscritos.)
¿Te quedas ó te vienes?
FAUST. Adelante.
MOD. ¡Que el cielo nos dé tino!
FAUST. Adios, Cándida santa.
CAND. Adios, Faustino.
MOD. Mi vida, espera; volveré al instante.

ESCENA III.

CÁNDIDA.

Se está matando por mí:
alma piadosa y sensible,
¡qué de pesares te dí!
¡Dios mio!... esto no es posible
que pueda seguir así.
De todo en este rincon
carecemos... ¿no hay ya lazos
que nos den la salvacion?
¿Caeremos al fin en brazos
de la desesperacion?

Me asusta, me aterra ya
la tenacidad que emplea
la suerte... ¿hasta dónde irá?
¡Oh!... ¡cuánto espesando va
la nube que nos rodea!
Verdad que ingrata, olvidada
de mi deber un momento,
me uní sin consentimiento...
mas ¿no sirve ya de nada
un firme arrepentimiento?
¿Pues él de todo pecado
no nos descarga y absuelve...
(Suena un portazo.)
Pero ¡ah!... la puerta ha sonado,
será Modesto que vuelve...
(Pasándose las manos por los ojos.)
que no advierta que he llorado.
(Sale D. Juan con dos pequeños paquetes envueltos en papeles.)

ESCENA IV.

CÁNDIDA, D. JUAN.

JUAN. Pero, hombre... ¡no hay más que ver!
¿abrís de vuestros salones
las puertas...
CAND. No...
JUAN. Sin temer...
Cierto que aquí los ladrones
no tienen mucho que hacer.
CAND. Sin duda por un olvido
cuando Modesto ha salido...
JUAN. Hombre, hombre... ¿conque no está?
CAND. Está abajo y volverá
al momento.
JUAN. ¿Y á qué ha ido?
CAND. Á ver si en la librería...
JUAN. Ya!... se trata de poesía.
CAND. El editor le socorre.
JUAN. Chica, ¡qué mal viento corre
para las coplas hoy dia!

No gustan de la ficcion
los espíritus gastados;
por eso, bailando al son...
aquí te traigo jamon
y unos pollitos asados.

CAND. Padre!...

JUAN. Todo, por supuesto,
aderezado y compuesto
para empezarlo á comer.

CAND. Sí, lo podremos hacer
en cuanto suba Modesto.

JUAN. Pues guárdalo por ahí.

CAND. (Toma los paquetes, y entra y sale en la habitacion de la izquierda.)
Sí señor; en la alacena.

JUAN. (Ha sido ligera, sí;
mas ya por mis ojos ví
que esta muchacha es muy buena.)
Item: hoy he tropezado
con un amigote antiguo
y un socorrillo me ha dado;
el socorro es algo exíguo...
media ònza. Toma.

CAND. ¡Loado
sea Dios; siempre bendito?
Pero ¿y usted...

JUAN. Mis abastos
los hice hasta el infinito
y de nada necesito:
he suprimido mis gastos.

CAND. ¡Qué bondad! ¡cuánta clemencia!...

JUAN. Mira, me largo si lloras.

CAND. Sin usted, sin su asistencia,
¿qué hubiera sido á estas horas
de nuestra pobre existencia?

JUAN. Eso no vale maldito...

CAND. ¡Qué diferencia entre usted
y mi... ¿le habló usted?

JUAN. Muchito
que sí.

CAND. ¿Y qué!

JUAN. Es una pared,

pero pared de granito.
Le presenté mi demanda,
y usé, á lo que me parece,
de frase humilde, muy blanda;
pero se cerró á la banda
y se mantuvo en sus trece.
Le supliqué; no me oyó;
á él me así como la yedra
al muro; me rechazó;
me cansé... y todo acabó:
es un corazon de piedra.

CAND. Pero ¿tan honda es la herida
que causó esta desgraciada?
Si fuí desagradecida,
¿no me ha visto prosternada
á sus piés y arrepentida?
Si con incansable aliento
del perdon fuí siempre en pos,
¿de qué el arrepentimiento
sirve en tan grave momento?

JUAN. De mucho... para con Dios.
Él es grande, y al contrito
pecador da su corona;
pero el hombre... pequeñito,
de saña y rencor ahito,
ese, chica, no perdona.
[1] «Esta es cadena... en abono
»del universal castigo:
»tu padre sigue en su encono,
«y yo á él no le perdono
»lo que está haciendo contigo.
»Este es ciego, aquel demente,
»quien injusto, quien vehemente;
»nada nos disimulamos,
»y así todos nos odiamos...
»nos odiamos cordialmente.
»¡Cuánto los hombres valdrían
»si perdonáran! Serían
»todos dioses, y ¡á Dios guerra!

---

1 Todo lo entrecomado puede suprimisse en la representa-

»pero entónces no cabrían
»tantos dioses en la tierra.
»Bien está lo que el Criador
»ha dispuesto. Él sabe cuándo
»cesará tanto dolor...
»conque sigamos andando
»tras de otro mundo mejor.»

CAND. Pero ¡ay! en tanto se puede
perder la paciencia, el juicio
que Dios al mortal concede.
¿Y luégo?

JUAN. Luégo? Sucede
que todo sale de quicio:
que viene la confusion
y que se pierde el compás...
mas tú no lo perderás,
y tus penas llevarás
con santa resignacion.
«Os lo he dicho muchas veces:
»nadie aquí navega en popa;
»todo se paga y con creces,
»por eso apurais la copa
»del dolor hasta las haces.
»Y... nada!... no hay remision
»ni escape, ya baja ó alta
»sea nuestra posicion:
»cada error es una falta,
»cada falta una expiacion.
»Pues si quedáran impunes,
»si fueran de pena inmunes
»los delitos, los errores
»que cada mártes y lunes
»cometen los pecadores:
»si no tuviera atributos
»esa misteriosa ley
»que castiga al siervo, al rey...
»la humana terrestre grey
»sería una grey de brutos.»
Vosotros habeis faltado:
ciegos habeis confiado
en el viento, en el azar,
y, no hay medio, hay que expiar

el mal paso que habeis dado.
Pero en cambio adquirireis
gran ciencia, principios fijos:
y si al cabo hijos teneis,
por experiencia sabreis
cómo educar vuestros hijos:
cómo domar esos potros,
para evitar con cuidado
que ellos hagan con vosotros
lo que vosotros con otros...
y todo está compensado.

CAND. Pero en situacion tan grave,
ántes que llegue ese caso,
tal vez nuestra vida acabe.

JUAN. Eh!... no hay que pensar... Acaso
terminen pronto... ¿quién sabe?...
Mal que pese al hado impío
que os abruma, al fin los dos
vais adelante y confio...

CAND. ¡Gracias á usted, padre mio!

JUAN. No, chica, gracias á Dios.
Él es la suma bondad;
y mira si esto es verdad:
hoy mismo para Modesto
me han ofrecido...

CAND. ¿Qué?

JUAN. Un puesto
digno en una sociedad...

CAND. Oh!

JUAN. Amigo de un socio soy,
persona séria, bien quista,
y voy á seguir la pista...
(Suena la campanilla.)

CAND. Será Modesto.

JUAN. Anda lista.

CAND. (Despues de haber tirado de la cuerda.)
No, es don Rufo.

JUAN. Pues me voy.
No quiero, ni me conviene
que hablemos aquí los dos:
ya supongo á lo que viene...
Tu alcoba salida tiene,

por ella...

CAND. Que sube.

JUAN. Adios.

(Entra en la habitacion de la derecha y aparece Don Rufo.)

ESCENA V.

CÁNDIDA, D. RUFO.

RUFO. Buenos dias, Candidita.
CAND. Téngalos usted muy buenos.
RUFO. ¿Y Modesto? ¿aún en la cama?
CAND. No ha entrado en ella un momento
esta noche, y ha salido.
RUFO. ¿Conque solita la encuentro?
CAND. Sí señor, sola... y ¡tan sola!
RUFO. (Pues si hoy no me espontanéo...)
Ah!... qué lástima de flor
aquí encerrada entre el hielo
de estas desnudas paredes...
CAND. Don Rufo, eso es lo de ménos;
lo de más es la tristeza
que dentro del alma llevo.
¿Vendió usted mi medallon?
RUFO. Apalabrado lo tengo;
pero me ofrecen tan poco...
tan poco... que no me atrevo
á venderlo sin permiso
por escrito de Modesto.
CAND. ¿Y á qué esa formalidad?
RUFO. Hija mia, yo me entiendo:
el marido es el marido,
es el legítimo dueño
de la dueña de la joya,
y no quisiera que luégo
al saber que se ha vendido
en un miserable precio,
pudiera creer que yo
me había lucrado de ello...
y ¡eso no! mi probidad,
y mi... ¡pues! son lo primero.
CAND. ¡Por Dios!... ¿y quién ha de hacerle

una ofensa de ese género?
Pobres somos, sí; muy pobres,
hemos llegado á un extremo...
pero ni él ni yo abrigamos
esos bajos pensamientos.

RUFO. Es que ofrecen tan poquito...
¡están tan malos los tiempos!

CAND. ¿Cuánto ofrecen?

RUFO. Doce duros,
y tirada vale ciento...
(que es mi segura ganancia
si concluyo el negociejo.)

CAND. No es mucho... ¿pero qué hacer?
Con toda mi alma siento
desprenderme de esa joya,
que es el único recuerdo
que de mi madre me queda...
pero apurados nos vemos,
y es preciso que se agote
la fuente del sentimiento.

RUFO. Yo tambien lo siento mucho,
y si contára con medios...
por usted; porque me inspira
un interés verdadero,
triplicaría el valor;
pero no puedo, no puedo.
Mi capital disponible
he dado á usted en préstamo;
y como no hay esperanza
de cobrar... como no veo
el camino del reembolso
ni en monedas... ni en objetos,
de un valor más estimable
si lo hay, que el del dinero...

CAND. ¿Én objetos dice usted,
don Rufo?... no le comprendo.
Si sabe que hemos quedado
nada más que con lo puesto,
¿qué objetos...

RUFO. Usted, sin duda,
no se ha mirado al espejo...

CAND. No... ni puedo aunque quisiera

mirarme, pues no lo tengo.
Es mi espejo mi marido.

RUFO. Y muy brillante por cierto,
pero espejo sin azogue,
cristal diáfano, terso,
que nunca ha reproducido
de esa imágen los luceros...

CAND. Si yo me miro en los suyos
¿qué me importan los espejos?

RUFO. Sin embargo...

CAND. Mire usted;
más animada hoy me siento
porque halago una esperanza
¡tan consoladora!... y creo
que al fin podremos pagarle
lo mucho que le debemos.

RUFO. Eso sería un milagro;
pero me parece un sueño.
¿Esperanza de pagar?
¡Ilusiones del deseo!
Yo no puedo consentir,
como su amigo sincero,
que abrigue usted esperanzas
que no tienen fundamento.
Hoy, por usted, por su bien,
he dado un paso algo serio,
y por poco me desloman.
He hablado á su padre.

CAND. ¡Cielos!
¿y le habló usted de nosotros?

RUFO. Pues justamente, por eso;
apenas oyó mi arenga,
se puso verde, frenético,
y me ha tratado peor
que puede tratarse á un negro.
Si no escurro pronto el bulto,
salgo á modo de vencejo
por un balcon. Aquel hombre
no es un hombre, es un becerro.
Ya ve usted, por este lado
¡qué esperanzas!... Pues siguiendo
el curso de las demas,

no ofrece mejor aspecto.
Las poesías y los dramas;
los tratados de comercio,
de jurisprudencia; el fárrago
de opúsculos y folletos
que lleva Modesto escritos,
en punto á productos... cero.
Nadie los quiere comprar
ni imprimir...

CAND. ¡Qué desconsuelo!

RUFO. Esta es la verdad desnuda
que disfrazar no debemos.
Conque diga usted, amiga,
¿qué esperanzas ni embelecos
se pueden aquí abrigar?

CAND. ¡Cómo ha de ser!... esperemos...

RUFO. Esperemos... y esperando
llegará al último término
de la miseria...

CAND. ¿Y qué hacer?

RUFO. (¡Qué pregunta!... pues me arriesgo.)
¿Qué hacer?... Es muy doloroso
ver á usted... que es un modelo
de gracias y de hermosura,
consumirse á fuego lento.
Si usted fuera... un poco más.
es decir... un poco ménos...
Vamos, usted ya me entiende;
cambiaría por completo
la situacion que la arroja
en profundo abatimiento.
Estó es evidente, claro,
y si usted dijera... acepto...

CAND. (Secamente.) Don Rufo, tengo que hacer;
perdone usted si me ausento.
(Entra en la habitacion de la izquierda, dando un portazo.)

RUFO. (Despues de una breve pausa.)
Pobre... pero orgullosita:
muy bien: me ha parado en seco.
Erré el golpe... pues paciencia;
la miseria hará su efecto...

Pero álguien sube...

(Aparece Modesto sin capa y con los manuscritos que ántes se llevó. Viene muy pálido, y se adelanta lentamente con la cabeza inclinada sobre el pecho como abismado en profundas meditaciones, sin reparar en D. Rufo, hasta que éste le habla.)

ESCENA VI.

MODESTO, D. RUFO.

RUFO. (¡El marido!
pues si me descuido... Espero
que, como mujer prudente,
no le dirá...) Hola! ¿qué es eso,
se cavila?

MOD. (Esforzándose por disimular la agitacion que le devora, se expresa con cierta afectada volubilidad.)
¡Hola!... Don Rufo...
¿usted aquí?... tanto bueno...
¿Sin duda habrá usted subido
á cobrar aquellos réditos...

RUFO. No señor; sé que es inútil
y yo en balde no me muevo.

MOD. No tan en balde, querido;
pronto echar roncas podremos...

RUFO. Podrá ser; pero las trazas
distan bastante del hecho.
Cándida me dió á vender
un medallon, y no quiero,
sin que usted dé su permiso,
venderlo en el bajo precio
que ofrecen.

MOD. ¿Un medallon?

RUFO. Hélo aquí.

MOD. (Lo toma y contempla con la mayor amargura.)
(¡Cielos!... qué veo...
¡el medallon de su madre!
¡su idolatrado recuerdo!...
y por mí de él se desprende...
¡no hay remedio!... ¡no hay remedio!)
(Se lo guarda y cambia de tono.)
Pues sí, tiene usted razon:

por ese ni por ningun precio
quiero que se prive Cándida...
¡Sería un delito horrendo!...

RUFO. Mas cuando no hay que comer...

MOD. (Con sarcasmo.)
¡Se muerden los propios huesos!
Hay del dolor en el fondo
á veces grandes consuelos
que libran á los mortales
de otros dolores inmensos.
Pero... ya se ve, don Rufo,
usted ignora todo esto,
y cuando sepa lo que hay,
va á quedarse medio lelo.
Figúrese usted ¡pagar!
¡liquidar todos mis débitos!
quedar horro.. y nueva vida...

RUFO. Me deja usted boqui-abierto...
¿Pagar, dice usted?... ¿pagar!?
hombre, hombre, eso es un portento...

MOD. (Con creciente aturdimiento.)
Sí señor; todos iguales
van á quedar en un verbo.

RUFO. ¿Ha encontrado alguna mina?

MOD. ¡Muy rica!... ¡es un gran proyecto?

RUFO. (¡Ha dicho proyecto... ¡malo!)
¿Y es proyecto en prosa ó verso?

MOD. Ni es en verso ni es en prosa.

RUFO. Sepamos...

MOD. Es mi secreto.
Déjeme usted un instante
y vuélvase...

RUFO. Cuándo?

MOD. Dentro
de poco... de un cuarto de hora:
me sobra con ese tiempo
para arreglar...

RUFO. Está bien.
(Le habrá tocado algun premio
de la...) Puesto que se empeña...

MOD. Vuelva pronto.

RUFO. Se lo ofrezco.

ESCENA VII.

MODESTO.

Cuando vuelvas hallarás
un cadáver insepulto.
No puedo más... es preciso
romper al momento el yugo
que me liga á una existencia
que detesto... ¡ay lo que sufro!
Todo triste, todo negro...
es ya tan inmenso el cúmulo
de mis muertas esperanzas,
que á su gravedad sucumbo.
Ella... será más feliz
sin este ser importuno,
estéril para la dicha,
para la angustia fecundo.
No quiero que más la humille
ni contagie mi infortunio,
y... acabemos de una vez,
sólo hay paz en el sepulcro.

(Con ademan resuelto saca del cajon de la mesa una pistola, y con ella en la mano, se dirige á la habitacion de la derecha. Cuatro ó cinco pasos ántes de llegar á su puerta, aparece en el umbral de la misma D. Juan, á cuya vista queda Modesto como petrificado. Breve pausa, durante la cual el primero mira al segundo fijamente y éste á su padre como aturdido y espantado.)

ESCENA VIII.

D. JUAN, MODESTO.

JUAN. ¿Adónde vas?

(Baja Modesto la cabeza y deja caer la pistola al suelo.)

Ese ruido
del arma... y tu labio mudo,
dan con horrible elocuencia
respuesta á lo que pregunto.

(Recoge D. Juan la pistola y se la guarda.)
Hijo mio... ven acá...
(Atrayéndolo entre sus brazos.)
llora... que tu llanto es justo,
pero llora de placer,
ó mejor... ¡lloremos juntos!
(Permanecen abrazados breves momentos.)

MOD. Padre! padre!...

JUAN. Sí, hijo mio,
hoy era dia de luto,
pero la Suma Bondad
quiere que sea de júbilo.

MOD. ¡Ay de mí!

JUAN. Serénate,
y piensa que de aquel mundo
tenebroso en que vivías,
sales para otro más lúcido.
Tu situacion ha hecho crisis
despues de seguir el curso
natural que seguir suelen
las situaciones de apuro.
Y por si acaso apelabas
al triste, postrer recurso,
tu padre no te ha perdido
de vista un solo minuto.

MOD. ¡Ah señor! ¡Cuánto le debo!
¡dos veces la vida!

JUAN. Justo;
y aun salvándotela mil
nada más que un deber cumplo.
Ahora bien, Modesto mio:
supongo, es más, no lo dudo,
que convencido estarás
de que hay peligros y muchos
en tomar obligaciones
contando con lo futuro.
Dar rienda á nuestros deseos
como el demente, el estúpido,
es bajar hasta el abismo
rodando de tumbo en tumbo.
Has expiado tu error:
ha luchado cuanto pudo

tu entendimiento, y ya ves,
has llegado... ¡hasta lo último!
Y precisamente cuando
en este bolsillo oculto
te traía algun remedio
para ahuyentar tus disgustos.

MOD. ¡Qué dice usted...

JUAN. No abras tanto
los ojos, porque me asusto.
Es una cosa sencilla,
muy natural y de uso
corriente. Al verte abrumado
y trabajando sin fruto,
he acudido á mis amigos,
que aunque pocos, tengo algunos,
y buscado para tí
ocupacion de más lucro.
Dios se apiadó de nosotros;
y á mis instancias sin número,
La Gran Union comercial
del viejo y del nuevo mundo,
te ha nombrado su abogado
consultor... con tres mil duros.

MOD. ¡Santo Dios!... ¡qué fortunon!
pero padre, ¿esto que escucho
es realidad, pesadilla,
ó visiones de un iluso...

JUAN. (Dándole un pliego cerrado.)
Aquí está tu nombramiento...
(Dándole una carterita.)
y aquí están los tres mil duros.

MOD. No, sin haberlos ganado...

JUAN. Bah! tómalos sin escrúpulo:
por adelantado paga
La Union á todos los suyos.

MOD. ¡Oh bendita Providencia!
esto es llegar á lo sumo...

FAUST. (Dentro.) Modesto!

MOD. Esa voz...

JUAN. Faustino...

FAUST. (Dentro.) Abre pronto ó me extrangulo.

MOD. (Tirando de la cuerda.)

¡Qué alegron le voy á dar!
(Sale Faustino sumamente agitado, mostrando un paquete de billetes de Banco.)

ESCENA IX.

FAUSTINO, D. JUAN, MODESTO.

FAUST. ¡Señores! Yo soy Mercurio...
se acabaron las miserias:
almorcemos como Lúculos...
(Empieza á esparcir los billetes por el suelo.)
lo primero es almorzar...
MOD. Pero ¿qué es esto? ¿qué súbito...
FAUST. (Sigue sembrando los billetes.)
El cuerno de la abundancia,
esto es el maná, el dilubio:
esto es la carta... Nuestra ópera
se ha cantado en Fernambuco,
en Nueva York, en Pekin...
¡qué se yo! pero ¡qué triunfo!
(Paseándose por encima de los billetes.)
Permitid que me pasee
sobre esta alfombra de escudos...
Esta es primera remesa:
todo esto es nuestro, no; tuyo.
Tú más que yo necesitas,
y en tí mi parte renuncio.
Yo en comprando otra chistera
(Aplastando su sombrero entre las manos.)
más viable que esta que estrujo...
JUAN. Ahí tienes lo que es la suerte:
«¿no me buscas? pues te busco.»
MOD. Vamos á decirle á Cándida...
FAUST. Vamos.
JUAN. Pero no exabrupto
le digais...
MOD. Qué!... no señor...
FAUST. Ya nos iremos con pulso.
(Entran atropelladamente en la habitacion de la izquierda.)

ESCENA X.

D. JUAN.

¡Pobre chico! la desgracia
en tanto aprieto los puso,
que casi han enloquecido
con este cambio de rumbo.
Quiero que sepan por grados
lo que es quien les da el impulso,
porque á veces la alegría
mata lo mismo que el susto.
¡Qué corazones tan bellos!...

ESCENA XI.

D. JUAN, D. RUFO.

RUFO. (Con el reloj en la mano.)
Es el cuarto de hora en punto.
JUAN. (Ah!... ya está aquí el seductor
vitando... ¡valiente tuno!)
Adelante.
RUFO. Don Modesto
me ha citado para asuntos...
JUAN. (Señalando á los billetes esparcidos por el suelo.)
En efecto, mire usted.
RUFO. (Mirándolos ligeramente.)
¿Ha procedido al espurgo
de sus papeles? bien hecho:
poseía tal valumbo
de papeluchos inútiles...
JUAN. Inútiles... para el vulgo
de usureros que especulan
con la miseria del justo.
RUFO. ¿Eso no será alusion
á mí...
JUAN. No señor, aludo
á esos mónstruos execrables
de toda infamia producto,
que todo lo facilitan,
que empujan á los ilusos,
y cuando los ven sumidos

del abismo en lo profundo,
entónces poquito á poco
van chupándoles el jugo,
y ya les quitan la honra,
ya la vida... ó todo junto.
He aludido á esos reptiles,
pero jamás á don Rufo,
modelo de probidad,
desinteresado... y juzgo
que en punto á moral, es hombre
severo como un cartujo.

RUFO. Oh! mis principios... (¿Es pulla?)
Por mi parte no presumo
de ser un hombre perfecto;
pero ¡eso sí! nunca abuso
de la situacion de nadie...
Aquí, á sus hijos... por puro
afecto, les he prestado
un capital, que calculo
será un capital perdido...
Y eso que hará unos minutos
me ofreció que pagaría...

JUAN. Y ha pagado.

RUFO. No!... le juro...

JUAN. Si hubiera usted reparado
bien en esos papeluchos...

RUFO. (Saca el lente, se inclina y va de un lado para otro haciendo aspavientos al ver los billetes esparramados por el suelo.)
Eh?... ¡cómo! ¡es verdad!... ¡billetes!!...
¡es incomprensible, absurdo
que tal semilla en tal suelo
dé tan sazonados frutos.

JUAN. (Dando con el pie á los billetes que tiene más próximos.)
Recoja usted la cosecha:
puede pagarse á su gusto.

RUFO. (Recogiéndolos con avidez.)
¡Y les da usted con el pie!...
(¿Serán falsos?... no.) ¡Qué lujo!...

JUAN. Así en España pagaban
antiguamente al verdugo.

RUFO ¿Al verdugo? ¡Vaya un chiste!
yo no me pico, ni afufo...
¿Si creerá usted que por eso
voy á dejarlos?—Quiá! Uno...
diez, veinte, treinta, cuarenta...
y son de á quinientos... justos;
mil duros, el capital... (Guardándolos.)
¡Oh mis queridos mil duros!
Nos restan los intereses...
pero esto sólo lo apunto
por mera formalidad;
no exijo que hoy... ni procuro...

JUAN. Nada, debe usted cobrarlos,
y va á cobrarlos al punto.

RUFO. (Viendo la pistola que saca D. Juan del bolsillo.)
¡Qué hace usted?!...

JUAN. (Montando la pistola.) Pagarle en plomo...

RUFO. (Retrocediendo espantado.)
No señor!... basta! ¡abrenuncio!
¡no hablemos ya de intereses!...

JUAN. (Tendiendo el brazo y apuntándole.)
Va á ser cosa de un segundo...

RUFO. (Escapando.)
Ay!! ¡que me matan!... Socorro!...
(Al desaparecer D. Rufo, salen de la habitacion de la izquierda, Cándida, Modesto y Faustino. D. Juan oculta la pistola.)

ESCENA XII.

CÁNDIDA, D. JUAN, MODESTO, FAUSTINO.

CAND. ¿Qué?...

MOD. ¿Qué pasa?

FAUST ¿Qué tumulto?...

JUAN. Es don Rufo... ¡pobrecillo!
vuestra nueva posicion
le ha trastornado, y gritando
la escalera descendió.

CAND. (Ap. á D. Juan.) (Padre... ¿le oyó usted?...

JUAN. (Ap. á Cándida.) Sí, todo...
y lleva su galardon.)

(Alto.) Conque, hijos mios, os dejo:
desterrar el mal humor,
que ya se alejan las sombras
y os alumbra un nuevo sol.
Esta noche da un festin
La Sociedad de la Union,
y el jefe de ella os convida. (Saca unas tarjetas.)
Tomad.

MOD. Qué?

JUAN. Para los dos.
Y esta para usted, Faustino.

FAUST. ¿Tambien á mí? ¿quién soy yo?...
si no me conoce nadie...

JUAN. Es que el socio fundador
conoce á todos los hombres
de genio y buen corazon.

FAUST. Pues señor, Dios se lo pague,
es un socio encantador.

JUAN. Voy á ver si ya en la casa
que preparándoos estoy,
han terminado. Hasta luégo.

MOD. ¿Otra sorpresa?

CAND. ¡Ah señor!...

JUAN. Allí encontrareis los tres,
lo más preciso por hoy,
para que asistir podais
con decoro á la funcion.

MOD. ¿Esto más! (Abrazándole.)

CAND. (Lo mismo.) ¡Oh Providencia!

FAUST. (Tirando el sombrero por alto.)
¡Viva nuestro padre!

JUAN. No!
Viva el que al arrepentido,
da un generoso perdon:
da de beber al sediento:
al aterido, calor:
consuelos al afligido,
al humilde, bendicion,
y ese, hijos mios, no es otro...
ese no es otro que DIOS.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Gabinete adornado con suntuosidad. Cierran el fondo tres grandes arcos, de los que penden amplias cortinas de damasco que ocultan los salones, que á su tiempo se descubrirán. Á la derecha una puerta y otra á la izquierda. La primera se supone que da paso á los que vienen de la calle, y la segunda sirve para penetrar en las habitaciones interiores de la casa.

Aparece Cándida en traje de baile y Modesto y Faustino de rigurosa etiqueta.

ESCENA PRIMERA.

CÁNDIDA, MODESTO, FAUSTINO.

FAUST. ¡Qué riqueza!... eh? chicos...
CAND. y MOD. Sí.
FAUST. Este socio fundador
debe ser un gran señor:
¡jamás tanto lujo ví!
¡Qué bien se respira aquí
este ambiente embalsamado!...
Digo que estoy embobado;
porque raya en maravilla
pasar desde una guardilla
casi á un palacio encantado.
MOD. Yo siento cierta opresion...

y me van dejando exhausto
de calma el brillo y el fausto
de tanto y tanto salon.
(Á Cándida.) En tí no harán impresion,
porque en otros has nacido
de un fausto muy parecido;
pero por mi parte, os juro
que aunque ocultarlo procuro,
estoy turbado, encogido.

FAUST. Hombre, ¿y por qué lo has de estar?
Imítame: yo me encuentro
perfectamente en mi centro...
¡un baile!... ¡buffet!... ¡la mar!
Desde que pude trocar
mi chascás de cartulina
por este de seda fina,
no me cambio, mano á mano,
por el Sultan Otomano
ni por el Khan de la China.
Mas lo que no se comprende
es que sintamos sin ver
al gran socio: hay que saber
si ese socio es hombre ó duende.
Nos convida, nos sorprende,
mas no sale... (Alzando la voz.)
¿Adónde es ido?...

MOD. Chut!... ¡por Dios!... Si hemos venido
tan temprano...

CAND. Si aún están
desiertos los...

FAUST. ¡Voto á san...
¡no habernos aún recibido!

MOD. Con tu impaciencia nos llenas...

FAUST. Pues chico, por más que arguyas...

MOD. No hagas una de las tuyas;
mira que es nuestro Mecenas.

FAUST. Sí, sus acciones son buenas,
y por vosotros le quiero,
y le admiro y le venero...

CAND. Pues cállate por Jesús.

FAUST. Bien; no diré tus ni mus...
(Alto, viendo salir á Panchito.)

Hola!... ahí sale el carbonero.

(Sale de la habitacion de la izquierda el negro Panchito, de frac y corbata blanca, con una bandeja de oro, y en ella un estuche y dos pliegos cerrados.)

ESCENA II.

CÁNDIDA, MODESTO, FAUSTINO, PANCHITO.

PANCH. ¿Niña Cándila?
CAND. Yo soy...
PANCH. (Dándole el estuche.)
Amo dise que tome esto.
(Á Modesto, dándole uno de los pliegos.)
Y esto otro niño Molesto.
¿Niño Fastino?
FAUST. Aquí estoy.
PANCH. (Dándole el otro pliego.)
Esto envía mi señó.
FAUST. ¿Y cuándo verle podré?
PANCH. Ya lo velá su melsé.
FAUST. (Remedándole.)
Pelo ¿cuándo?
PANCH. No sé yo.
(Se retira por la puerta de la derecha.)

ESCENA III.

DICHOS ménos PANCHITO.

FAUST. Pues nos quedamos como ántes.
CAND. ¡Qué pulsera más preciosa!
MOD. Sí, rica, maravillosa...
FAUST. Cuajada está de brillantes!
CAND. Pero esto ¿para quién es?
MOD. ¿Qué dice bajo el cordon...
CAND. (Leyendo.) PREMIO Á LA RESIGNACION.
FAUST. Entónces, para los tres.
Mas como los dos aquí
cedemos en honor tuyo
nuestros derechos, concluyo
que la joya es para tí.

CAND. Pero, Modesto, ¿debemos
aceptar...

MOD. Hija, no sé...
como este pliego no dé... (Abriéndolo.)
Leamos.

FAUST. (Abriendo el suyo.) Escudriñemos.

MOD. (Recorriendo el pliego.)
«Á mi abogado. Instruccion...
para advertirle de amaños...»

FAUST. (Recorriendo el suyo.)
«¡Me señala por diez años
dos mil duros de pension!...»

MOD. «Que debo conferenciar
con mi suegro aquí esta noche...»

CAND. Ah!... ¿Cómo...

FAUST. ¡Esto es un derroche...
«Para que pueda viajar,
instruirme...» ¡Oh socio gentil!!

MOD. «Y que á mi suegro y señor,
aplique todo el rigor
del código mercantil.»

(Breve pausa, durante la cual los tres se miran como atónitos.)

FAUST. ¡Vaya una cara de bobos
que á los tres nos ha quedado!
Faustino! ¿tú pensionado?

MOD. Y á mí que me coman lobos.
Qué apuros; ¡Dios de Sion!

CAND. Mas ¿qué es eso?

MOD. (Dándole el pliego.) Toma.

CAND. Á ver...

MOD. Vamos, si no puede ser;
ántes haré dimision.

FAUST. ¿Dimision tú? ¡Pues me alegro!
tu puesto es ántes que todo.

MOD. ¿Pues no ves que de otro modo
tendré que hablar con mi suegro?

FAUST. Pues háblale... ¿qué abogado...

MOD. Con él hablaría al punto;
pero hablarle de un asunto
escabroso, delicado,
que puede hasta la prision

llevarle, y sin esperanza...
creerá que obro por venganza...

CAND. (Devolviendo el pliego á su marido.)
Tiene Modesto razon.

FAUST. Sí? pues pidamos audiencia
al socio; se le expondrá...

MOD. No; dice que me verá
despues de la conferencia.

FAUST. ¿No has de verle hasta despues?
Pues corriente; haz dimision...
¿qué importa? con mi pension
podremos vivir los tres.
(Sale Panchito por la puerta de la derecha.)

ESCENA IV.

DICHOS, PANCHITO.

PANCH. ¿Niña Cándila?... Un mosito
pide pa hablala lisensia.

CAND. ¡Á mí!

PANCH. Sí, co mucha ugensia.

CAND. ¿Cómo se llama?

PANCH. Benito.

CAND. ¡El criado de confianza
de mi padre!

MOD. Y de él en pos
vendrá el amo... ¡aquí de Dios!
¿qué haremos?

FAUST. ¡Se armó la danza!

MOD. Voy á ver... tal vez encuentre
á mi padre...
(Desaparece por detrás de una de las cortinas del fondo.)

CAND. (Á Panchito.) ¿Puedo aquí
recibirle?

PANCH. Niña, sí.

CAND. Bien; dígale usted que entre.
(Se retira Panchito por la puerta derecha.)

FAUST. Habla á todo tu sabor...
en tanto que yo galopo
por ahí dentro, á ver si topo

con el *Socio fundador*.
(Se retira por donde Modesto.)

ESCENA V.

CÁNDIDA, BENITO.

BENITO. (Muy agitado.)
¡Ay, señora de mi alma!
ruego á usted que me perdone
si he penetrado hasta aquí
abusando de su nombre.
CAND. Bien, Benito; ¿qué te pasa?
BENITO. ¿Á mí... á mí, nada que importe.
su padre es el que se encuentra
en un trance del demontre...
CAND. ¿Mi padre?... algo tengo oido;
pero ignoro pormenores.
¿De qué se trata?
BENITO. Se trata
de una catástrofe enorme:
de la ruina de su crédito:
de quedar sin honra y pobre.
CAND. Imposible! qué! ¿á mi padre,
como todos reconocen,
no le sobra capital,
y libre de él no dispone
para atender y cubrir
todas sus obligaciones?
BENITO. Sí señora que le sobra;
pero por más que le sobre,
si el capital es papel,
y el papel no tiene emboque,
cuando se pide metálico,
no pueden salir del cofre
de pronto, en plata acuñada,
sobre cuarenta millones.
CAND. No comprendo eso...
BENITO. Ni yo,
porque soy bastante torpe
en asuntos mercantiles;
pero observo, oigo expresiones...

ello es lo cierto que está,
entre un mar de papelotes,
el amo con don Adolfo
trazando listas informes
de números y más números;
y ¡qué gestos tan feroces!
De cuando en cuando murmuran.....
«¡no hay saldo!—faltan catorce
millones!—¡no hay tiempo!—¡un plazo?»
Y los caballos, y coches,
los cuadros, y las vajillas,
las colgaduras, los bronces,
¡todo se está inventariando
sin respirar, al galope!
pero dicen que no hay tiempo
para realizar valores.

CAND. ¿De modo que si tuvieran
más tiempo?... si hay quien otorgue
un plazo de algunos dias ..

BENITO. ¡Esa es la piedra de toque!
¡un plazo!

CAND. ¿Pero de cuánto?

BENITO. Cuanto más largo se logre,..

CAND. ¿Y quién puede concederlo?

BENITO. ¿Quién ha de ser? quien le pone
el cordel al cuello, y quiere
que con el cordel se ahorque.

CAND. Y es?

BENITO. El jefe de esta casa,
en quien, segun por ahí corre,
influye usted grandemente.

CAND. ¿Yo? ¡Jesús! ¿quien tal supone?
Si no le he visto en mi vida:
mi suegro es quien le conoce,
y el que hoy mismo ha conseguido
que Modesto se coloque.

BENITO. ¿Su suegro? ¿aquel buen señor
de esta mañana?

CAND. Sí.

BENITO. Entónces,
señora, estamos perdidos:
toda la casa cayóse

á cuestas...

CAND. ¿Por qué?...

BENITO. Porque
estará echando los bofes,
y con razon, contra el amo:
si esta mañana, ¡qué voces!
le trató muy mal, peor,
peor que se trata á un gozque.
Figúrese usted el gusto
con que irá á darle remolque,
pagándole los agravios
en moneda de favores.

CAND. Sin embargo, no; mi suegro
es un excelente hombre,
generoso como pocos,
y como muy pocos, noble.
Tengo con él ascendiente;
me quiere mucho, y me oye...
como de él sólo dependa...

BENITO. Pues por Dios, que no demore
el hablarle; es cosa urgente...
¡depósito de millones
que mañana hay que entregar!
y como no los afloje,
puede haber cárcel, presidio...

CAND. ¡Qué horror!... ¡qué horror! no me ahogues...

BENITO. Ha pedido una entrevista
y va á venir esta noche:
es preciso que álguien ántes
el terreno le desmonte...

CAND. Haré cuanto pueda... adios.

BENITO. ¡Ay!... si usted no le socorre...

CAND. Oh!... por mí no ha de quedar.

BENITO. ¡Bendígala Dios!... y vóyme.

ESCENA VI.

CÁNDIDA.

¡Ay!... ¡no sé cómo resisto
tan contraria emociones!
Desde la miseria; al lujo:

de las penas, á los goces.
Hoy en profundo abandono
sin esperanza, sin norte,
y hoy protegiendo al que hoy vió
mi angustia impasible, inmoble.
Mas yo sé lo que el deber
me manda, lo que me impone,
y he de cumplir mis deberes
como buena.—Pero ¿adónde
podré encontrar al que siempre
amparó mis aflicciones?
El asunto es del momento...
las horas pasan veloces...

(Sale D. Juan más adecentado que en los actos anteriores envuelto en un ámplio gaban.)

ESCENA VII.

D. JUAN, CÁNDIDA.

JUAN. ¿Tú tan sola... adónde vas?
CAND. ¡Ah padre!... un ángel le envia.
JUAN. Pues ¿qué sucede, hija mia?
¡qué linda! ¡qué bella estás!
CAND. Perdone usted que le ataje...
¡me encuentro tan mal!
JUAN. ¿Tú? ¡cómo!
si estás hecha un sol... ¡qué aplomo!
y ¡qué bien llevas el traje!
CAND. ¡Ah señor!... que no se trata
de trajes ni de belleza;
sino de una gran tristeza
que me aflige, que me mata...
JUAN. Mas ¿qué ocurre? ¿por qué lloras?
tristezas cuando creía
que en brazos de la alegría
se deslizaban tus horas!
Tranquilízate, mi cielo:
contigo estoy.
CAND. Padre mio,
sólo en su bondad confio.
que me dé paz y consuelo.

JUAN. Cálmate... procuraré
en cuanto pueda... y ¿quién sabe?...
CAND. ¡Se encuentra en afliccion grave
mi padre!...
JUAN. Sí... ya lo sé.
CAND. ¿Sabía...
JUAN. De esa afliccion
algo oí... si bien no todo;
pero, en fin, de cualquier modo
es grave su situacion.
CAND. Mas por usted amparado...
JUAN. Hay abismos insondables,
hija... y siento que me hables
de un caso desesperado.
CAND. ¿Desesperado, señor?
¿eso de su labio escucho?...
Dicen que usted puede mucho
con el *socio fundador*.
JUAN. Jamás armamos querella;
suele estimar mi pericia,
mas su norte es la justicia,
y es inflexible como ella.
CAND. Mi padre puede pagar,
y si algun plazo le diera...
JUAN. Hija, temo que no quiera
ni aun dejarle respirar.
CAND. ¿Tal crueldad cabrá en él?
JUAN. Sin quitar ni poner tilde;
es con el humilde, humilde,
con los crueles, cruel.
CAND. Ah!...
JUAN. Y le sobrará razon
si hoy se muestra empedernido
con el que nunca ha tenido
para nadie compasion.
Tu padre, de angustia llena
á sus piés te oyó gemir.
¿Y bien? Te dejó morir
con la frialdad de una hiena.
Tambien á sus piés fuí yo:
á su corazon llamé,
y tan cerrado lo hallé

que de llamar me pesó.
No disculpó humanos yerros,
y ni aun pude cara á cara
conseguir que te tratára
como trataba á sus perros.
Oh! que ha sido muy cruel,
y como al cruel y al malo
hoy Dios le ha tendido el palo...
y ahora ¡le toca á él!

CAND. Es verdad; en su favor
podemos poco alegar:
¡fué duro sin ejemplar!...
pero... ¡es mi padre, señor!
Y yo á cambio de la hiel
que aquí en mi seno ha vertido,
yo á cambio de su ódio pido...
¡pido perdon para él!

JUAN. Generosa eres sin tasa
y vales más que el Perú;
pero una cosa eres tú
y otra el jefe de esta casa.

CAND. Pues háblele usted...

JUAN. ¿Yo!... no...

CAND. Usted, á quien tanto debo...

JUAN. Hija mia... no me atrevo.

CAND. Pues padre, le hablaré yo.

JUAN. ¡Tú!...

CAND. Mis súplicas oirá:
verá mi estado angustioso,
y él que es bueno y generoso...

JUAN. Será inútil.

CAND. No será,
que aunque oirme no le cuadre,
¿quién inclemente despide
á una mujer cuando pide
por el honor de su padre?

JUAN. ¡Te alucinas tanto y tanto!...
Es salvaje, descortés...

CAND. Pues me arrojaré á sus piés,
los regaré con mi llanto...
¡Oh!... mis deberes lo ordenan.
¿Cómo cubierta de galas

podré pisar estas salas
donde á mi padre condenan?

JUAN. En fin, ¿decidida estás?

CAND. ¡Mi vida por ese plazo!

JUAN. Pues lo quieres, dame el brazo:
ven, y te convencerás.

(Entran en la habitacion de la izquierda, y al propio tiempo vuelve Faustino por donde mismo se fué.)

ESCENA VIII.

FAUSTINO.

Está visto, no hay manera
de hallarle en esos estrados,
que ya van los convidados...
(Mirando á la izquierda.)
Hola! allí van suegro y nuera...
pues en pos de ellos iré...
(Mirando á la derecha.)
Huy!... aquí está Fierabrás...
¡me atrapó sin más ni más!...
(Sale D. Pedro, revelando en la palidez de su rostro los pesares que le agitan.)

ESCENA IX.

D. PEDRO, FAUSTINO.

PEDRO. Aquí dicen que hallaré...
¿Es usted el abogado
con quien debo una entrevista...

FAUST. No señor; yo soy artista...
pero artista pensionado.
Mi fortuna era algo escasa;
y hoy debo gloria y reposo
al mortal más generoso...

PEDRO. Quién?

FAUST. El jefe de esta casa.

PEDRO. ¿Generoso él?

FAUST. Sí tal.

PEDRO. Lo dudo.

FAUST. Yo no!

PEDRO. No insisto;
mas creo que á usted he visto
en otra parte...

FAUST. Cabal.
Nos vimos en un paraje...
que usted habrá ya olvidado.
¡Ah señor!... ¡cuánto ha cambiado
de entónces nuestro pelaje!
Era un dia de placer:
sobrevino un grande afan;
imaginé un plan, ¡qué plan!
pero usted lo echó á perder.

PEDRO. Explique usted...

FAUST. ¡Buen infierno!...
le daré algun pormenor...
(Viendo á Modesto, que vuelve por donde él mismo se fué.)

ESCENA X.

MODESTO, D. PEDRO, FAUSTINO.

FAUST. Pero éste lo hará mejor,
que es abogado... y su yerno.
(Bajo, acercándose á Modesto.)
(Vete á él, métele mano,
y trátale como es justo.

MOD. (Confuso.) Oh!...

FAUST. Despáchate á tu gusto;
no le dejes hueso sano.

MOD. ¡Hay compromiso mayor!)

PEDRO. (¡Con mi yerno es la entrevista!)

FAUST. (Entrando en la habitacion de la izquierda.)
Voy á ver si hallo la pista
de mi egregio protector.

ESCENA XI.

D. PEDRO, MODESTO.

PEDRO. (Quierén hacerme pasar
bajo las horcas caudinas...

Armémonos de paciencia.)

MOD. (Yo no sé lo que daría
por evitar este trance...)

PEDRO. (Secamente.) Caballero, mi visita
y su objeto deben serle
materia muy conocida.

MOD. Sí señor.

PEDRO. En ese caso
será breve, muy concisa
nuestra plática. Deseo,
que ni en la parte más mínima,
entren en ella los lazos
que pueda haber de familia.
La cuestion es mercantil,
y ademas es muy sencilla.
El estado general
de los fondos: las inícuas
quiebras de América, y otras
circunstancias imprevistas,
han llegado á colocárme
en una situacion crítica.
Debo entregar un depósito:
no es mi hacienda tan exígua
que no me ofrezca valores
para saldar con quien gira.
Debo y deseo pagar,
pero no puedo *a la vista*.
No discutamos: ociosa
toda discusion sería
desde el punto en que declaro
que no hay razon que me asista.
El pago á presentacion
es de evidente justicia:
para hacerlo necesito
un plazo de breves dias.
¿Se me concede? ¿Sí, ó no?
Perdone usted que le exija
sobre este particular
respuesta definitiva.

MOD. Pues no me es posible dársela.

PEDRO. ¡Cómo no! me maravilla...
¿No está usted autorizado

para que en esta entrevista
establezcamos los términos
que de mi estado decidan?

MOD. Sí señor; autorizado
estoy en forma precisa...

PEDRO. Pues entónces... no comprendo;
su respuesta es un enigma.
He planteado la cuestion
con fórmula bien explícita,
y no procede otra cosa
que adopcion ó negativa.

MOD. En efecto, la cuestion,
colocada en esa vía,
debe decidirse así;
más no puedo decidirla.

PEDRO. ¿No puede usted!... Pues entónces,
¿á qué ha sido mi venida?
¿Por qué, al pedir esta audiencia,
se me concede, y obliga
á pasar esos umbrales,
que mi dignidad humillan?
¿Quieren que en estos salones
se divulgue mi ignominia;
que todos impunemente
escupan sobre la víctima?
Si es esto, digo que ha sido
una insigne villanía...

MOD. No señor; no es nada de eso,
ni por ninguno se aspira
á humillarle ni abusar
de su situacion tristísima.
Por escrito he recibido
aquí, y esta noche misma,
instrucciones... que me fuerzan
á que mi cargo dimita.
El jefe, sin duda, ignora
las causas, harto legítimas,
que en este asunto me vedan
tener voz é iniciativa,
y por eso su gestion
á mis cuidados confía.
Le he buscado para hablarle

y rogarle que me exima
de entender... ó en otro caso
que mi dimision admita.
Mas no le he podido ver:
creo que mi encuentro esquiva;
y como aún no le conozco,
como es hoy el primer dia...

PEDRO. Pero ¿qué está usted diciendo?
¡es donosa la salida!
¿No conoce usted al jefe
de esta casa?

MOD. Ni aun de vista.

PEDRO. ¿Le encargan de una mision
tan grave, de tal cuantía,
y dice que ni aun conoce
al jefe que lo autoriza?

MOD. Sí señor, y lo repito,
y no sé por qué se admira...

PEDRO. Á la verdad que no alcanzo
los motivos que le excitan,
á representar conmigo
esta farsa un tanto indigna.

MOD. Señor mio... aquí no hay farsa;
y le suplico que mida...

PEDRO. Y yo le ruego á mi vez
que escarnio y burlas suprima,
con quien merece respeto
siquiera porque suplica.

MOD. ¿Yo burlas? ¿escarnio yo?

PEDRO. Preciso, cuando me afirma
que no conoce á su padre
con la mayor sangre fria.

MOD. ¿Á mi padre? ¿Cuándo he dicho...

PEDRO. ¿Es posible que aún insista?
¿Pues no acaba de decirme
que ni habló ni vió en su vida
al jefe...

MOD. Es mucha verdad.

PEDRO. Luego declara y confirma
que no conoce á su padre,
y eso... parece mentira.

MOD. Pero ¿qué tiene que ver

mi padre?...

PEDRO. ¿Es una noticia
para usted, que padre y jefe
son una persona misma?
¿Á quién lo hará usted creer?

MOD. Caballero, usted delira:
¿á qué mezclar la persona
humilde, pero honradísima
de mi padre, en este asunto?

PEDRO. ¿Y á qué viene esa fingida
extrañeza, si su padre,
segun pruebas inequívocas,
es *el socio fundador*?

MOD. ¿Es esto una pesadilla?...

PEDRO. Pero ¿usted puede ignorar...
Ignorancia tan supina
no se comprende.

MOD. Es muy cierto,
y mi espíritu se abisma.

PEDRO. Podrá ser, pero me importa
que esta cuestion se decida.

MOD. Lo deseo.

PEDRO. Yo tambien.

MOD. ¿Mas quién podrá decidirla...
(Aparece D. Juan en la puerta de la izquierda con traje de etiqueta, llevando una condecoracion extranjera en el ojal del frac.)

ESCENA XII.

D. JUAN, D. PEDRO, MODESTO.

JUAN. (Secamente.) Yo.

MOD. (Corriendo hácia él.) Padre!... ¡qué llego á ver!
¿Era usted... y me ha ocultado...

JUAN. (Ap. á Modesto.)
(Eres un yerno cuitado.
Vete á buscar tu mujer.)
(Modesto vacila, pero á un signo imperioso de Don Juan se retira por la puerta izquierda.)

ESCENA XIII.

D. JUAN, D. PEDRO.

JUAN. Mal mis órdenes cumplió:
y como el novel agente
lo deja todo pendiente,
vengo á remplazarle yo.
PEDRO. Gracias; y sereno afronto
estos instantes supremos,
porque usted y yo podremos
entendernos bien y pronto.
JUAN. ¿Bien y pronto dice usted?
PEDRO. Esa esperanza me queda,
siempre que se me conceda
una pequeña merced.
JUAN. ¿Qué pretende usted, señor?
PEDRO. Vengo aquí á solicitar
un plazo para pagar.
JUAN. ¡Cómo!... ¿usted pide un favor?
PEDRO. Debo pagar á la vista,
mas de improviso me ataja...
JUAN. Pues ¿qué fué de aquella caja
há unas horas tan provista?
PEDRO. Mi caja no está insolvente,
en ella sobra el activo.
JUAN. Mas se trata de efectivo
y de pagar... de presente.
Y en los principios más llanos...
PEDRO. No se canse... á mi despecho
conozco bien el derecho,
y sé que estoy en sus manos...
si es que hay de venganza sed.
JUAN. Pues si el derecho conoce
y su deber reconoce...
¿á mí qué me cuenta usted?
PEDRO. Más generoso, en verdad,
le juzgué al dar este paso.
JUAN. Pues ¡qué! ¿sabe usted acaso
lo que es generosidad?
¿Espera usted que ella rádie
sobre el que hoy mismo decía

que jamás se humillaría
en la presencia de nadie?

PEDRO. Y eso le repito al socio
fundador sin vacilar:
yo no me humillo al tratar
un importante negocio.
Vengo á pedir un escaso
respiro, y por él despues
abonaré el interés
que se exija: este es el caso.

JUAN. ¡Qué orgullo!... Con eficacia
sólo de salvarse cuida;
pero, amigo, no hay salida:
usted viene á pedir gracia,
y cubrir quiere este paso
arrogante en sus reveses,
con promesas de intereses
que no exijo: este es el caso.
En esta cuestion, la palma
quiere llevar de ligero;
pero yo tratarla quiero
con la justicia del alma.
Usted, en sus agonías,
su interés tan solo mide,
y para pagar me pide
un plazo de breves dias.
Un plazo; sin remision:
porque al fin, segun mi cuenta,
ese plazo representa
su ruiña ó su salvacion.
Ahora bien: ¿es oportuno,
tiene, al sufrir sinsabores,
derecho á pedir favores
quien jamás hizo ninguno?
¿Puede hallar en su tristeza
un corazon generoso,
quien trata al menesteroso
con inaudita aspereza:
quien ante la adversidad
frio y cruel se mantuvo,
y ¡ni aun para su hija! tuvo
un destello de piedad?

PEDRO. Sólo debo responder,
y que más no insista espero,
que he sido firme y severo
con quien lo he debido ser.
¿Con quien de mi lado huyó
y burló mi confianza
y asesinó mi esperanza...
podía transigir yo?
¿Pretende usted que tras de eso
de alegría y placer rojo...

JUAN. Yo no censuro *su enojo*,
sólo censuro *el exceso*.
¿Cuando hay dolores prolijos
y el pan con hambre se pide...
¡qué padre habrá que no olvide
los errores de sus hijos?

PEDRO. Mucho estimo sus cuidados,
pero dejémoslo estar,
que no he venido á tratar
de mis asuntos privados.
Un plazo demando yo.
¿Se concede? Trataremos.
Resuelva usted y acabemos.

JUAN. Pues bien: resuelvo que no.

PEDRO. ¿Va usted á arruinarme?

JUAN. Un poco.

PEDRO. No cobrará aunque se ufana...

JUAN. Pues al tribunal mañana
responderá usted.

PEDRO. Tampoco,
se lo puedo asegurar:
no iré al tribunal.

JUAN. Por qué?

PEDRO. Mañana... no existiré.

JUAN. (Con frialdad.) ¡Ah! se va usted á matar?
¿Despues de tantos alardes
y fieros en todo el curso...
apela usted al recurso
postrero de los cobardes?
Está bien: he procurado
conmover su corazon,
mas fué inútil mi intencion;

está usted petrificado.
Solo, oyendo la clemencia,
le he querido redimir;
pero no debo insistir;
le abandono á su conciencia.
Hé aquí de letras un haz: (Mostrándoselas.)
¿Son buenas?

PEDRO. Duda no queda.

JUAN. Pues... pague usted cuando pueda...
(Rompiéndolas y arrojando los pedazos.)
y por si no puede... en paz.

PEDRO. (Vivamente impresionado.)
¡Salvado!!... ¡ay Dios!... ¿qué me pasa...

JUAN. Esto hace quien piedad tiene;
y pues nadie le detiene,
(Señalando á la puerta de la derecha.)
puede salir de mi casa.

PEDRO. (Como herido de un rayo.)
No puedo... me siento inmoble...
¡es mi asombro tan profundo!...
(Levantando los brazos al cielo con explosion de sentimiento.)
¡Señor! ¿pertenece al mundo
una conducta tan noble?...
(Golpeándose el pecho.)
¡Sal de aquí, feroz discordia!
mal haya de mi crueldad...
¡qué gran cosa es la piedad!...
(Sollozando y cayendo de rodillas á los pies de Don Juan.)
¡bendita misericordia!

JUAN. ¡Al fin!
(Sintiendo que D. Pedro le coge las manos y quiere besárselas.)
Bien... no es para tanto...
(Descorren las cortinas del fondo y aparecen Cándida, Modesto y Faustino; los salones brillantemente iluminados, y numerosas parejas valsando al compás de una orquesta situada muy lejos. D. Juan pugnando con D. Pedro para que se levante.)

ESCENA ÚLTIMA.

D. JUAN, D. PEDRO, CÁNDIDA, MODESTO, FAUSTINO.

JUAN. Que hay gentes que nos rodean...
PEDRO. ¡No me importa que me vean!...
usted no es hombre, es un santo!
Debo así recibir hoy
otro perdon...
(Tendiendo los brazos hácia donde está Cándida, la que corre á precipitarse en ellos.)
y confio...
CAND. ¡Ah mi padre... padre mio!
MOD. (Abrazando al suyo.)
Padre!... ¡qué orgulloso estoy!
FAUST. ¿Pues y yo? ¿Quién más hidalgo
que el gran socio fundador?
Apriete usted... por favor:
¡hombre... rómpame usted algo!
JUAN. Basta... no demos que hablar,
y logren que al fin me aflija...
(Á D. Pedro.)
Dé usted el brazo á su hija
y vámonos á bailar.
(Apoyándose en el brazo de Modesto.)
Modesto, aprende á vivir:
no más la ilusion te enrede;
pues sabes ya, en mi sentir,
de qué manera se puede
FIAR EN LO PORVENIR.
(Se dirigen á los salones; suenan fuertes los acordes de la orquesta, y cae el telon.)

FIN DE LA COMEDIA.

ADICION

AL CATÁLOGO DE 1.° DE OCTUBRE DE 1873.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
COMEDIAS Y DRAMAS.			
uan de Austria.....	1	D. Juan de Alba.....	Todo.
nunero.....	1	Mariano Capdepon..,.....	»
a y los hechos.....	1	Ricardo de la Vega.....	»
pilla de Merluza, parodia.....	1	Eduardo Montesinos.....	»
dra de redencion.....	1	Eduardo Montesínos.....	»
ancha.....	1	Salvador Lastra y Sira.....	»
s joyas de la casa.....	1	Antonio Corzo y Barrera.....	»
bones.....	1	Salvador Lastra y Sira.....	»
quita la ocasion...	1	Salvador Lastra y Sira..... ...	»
iano.....	1	Sres. Montoto y Velilla Rodriguez.	»
io á domicilio.....	1	Corzo y Barrera y Príncipe. ...	»
eton al vuelo.....	1	Zarzuela y Frígola.....	»
todo!.....	2	D. Mariano Pina Dominguez.....	»
del porvenir.....	4	Tomás Rodriguez Rubí.....	»
ZARZUELAS.			
ates y Galeno.....	1	D. Calixto Navarro.....	L. y M.
ras de S. A.....	1	Sres. Corzo y Barrera.....	Libro.
nicos de Alcorcon.....	1	Vivance y Oudrid.....	L. y M.
na al aire.....	1	D. Mariano Pina Dominguez.....	Libro.
de plata.....	2	M. Pina Dominguez, 3.ª parte...	Libro.
r de diamantes.....	3	Pina y Auber.....	L. y M.
.....	3	Aceves.....	Música
.....	4	Cristóbal Oudrid,.....	Música

ERTENCIA. Han dejado de pertenecer á esta *Administracion* la música zarzuelas *Á última hora*, en un acto, y *El carnaval de Madrid*, en dos el libro de *El sargento Bailen*, tambien en dos actos.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de *D. Alfonso Durán*, Carrera de San Jerónimo, de *D. Leocadio Lopez*, calle del Cármen; de los *Hijos de Fé*, calle de Jacometrezo, 44, y de *Murillo*, calle de Alcalá.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LIRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no erán servidos.